

José Frutos Gaeza

DE MI TIERRA

Romances, bandos, Cuentos
y Juegos representados
de la Huerta de Murcia



1897

Tip. de Antonio de Echenique, Zarandona, 4

MURCIA

A mi cariñoso amigo

D. Ángel Guirao y Girada

AL QUE LEYERE

Al publicar este pequeño libro de «cosas» de la Huerta, cumple á mi propósito declarar lo siguiente:

Que me reconozco el más humilde de los que en este campo de la literatura local han puesto á contribución su observación y su ingenio, no teniendo en mi favor otros méritos que el cariño, no de hijo, pero sí de *nieto*, que tengo á la Huerta; porque si ella no fué mi cuna, fué la de mis padres, y aún, alambicando, pudiera yo decirme semi-huertano por lo linderó que con la Huerta anduve al abrir los ojos á la luz de la vida.

Que nunca en mis escritos *panochos*, según la palabra ya consagrada, me he inclinado del lado ridículo ni en el lenguaje ni en el fondo, por muchas razones, entre ellas por ser

injusto pintar como záfios á los huertanos, confundiendo lamentablemente lo sencillo y lo ingénuo y gracioso con lo chocarrero y burdo.

Que en atención á lo expuesto anteriormente he huido de nutrir este tomo, con ciertos bandos y *relaciones* que corren incompletos de boca en boca como recuerdo del *Entierro de la Sardina*, porque, ciertamente que en ellos hay mucha gracia, pero no hay, en cambio, mucho huertano.

Y finalmente, que si me atrevo á dar á luz en forma de libro, aunque modesto, estos trabajos míos, lo hago estimulado por mis amigos, que son más de los que merezco, y que, seguramente, no me dejarán con mi empresa en las astas del toro. Que á tanto equivaldría dejar morir de risa en casa del librero los ejemplares de esta obrita que te ofrezco ¡oh, lector! y á tu benevolencia recomiendo.

Vale.

EL HABLA HUERTANA

Al Exemo. Sr. D. Tomás Pellicer

I.

El lenguaje de la Huerta
tiene mucho que entender
y lo mismo en Covatillas
que en la Urdienga y el Sequén,
chapurrándolo no gusta,
bien hablado, dá placer.

El habla huertana, es dulce
como el panal de la miel
cuando platica de amores
la moza con su querer.
Alegre como el repique
de las castañuelas es
cuando bailando parrandas
la moza recorta bien
y los mozos se encandilan
porque *esfisan* no sé qué
y hasta relinchan de gusto
sin poderse contener.
En los juegos de *manates*,
en donde no hay paripel,
pica como la mostaza

y hay quien se pone de tres colores cuando el gracioso se *esfarria* en su papel y aboca toda la especia en menos de un santiamén. Sentenciosa en el *perráneo* mucho más que la de un juez cuando por cuestión de mondas se origina algún belén y el hombre mete su vara y evita que Juan y Andrés, ó se queden *traspunchaos* y ni el Dios guarde se den ó se pongan las costillas á palos como la pez.

No es el lenguaje panocho-jerigonza de burdel, sino mezcla del sencillo romance de pura ley y del habla vigorosa de aquel pueblo aragonés que conquistador de Murcia con el rey don Jaime fué, matizado con mil nombres que dejó el árabe en él, como Alquibla, Zaraiche, Beniaján, Benialé, Alberca, Aljufía, Alfande, Benetucer, Aijucer,

Almohajar, Alfatego,
Benicotó y Beniel;
habla expresiva, armoniosa
á que dieron lustre y prez
en sus bandos Rubio y Lopez,
en sus romances Tornel,
Diaz Cassou en sus cuentos,
Soriano en el entremés.

*

Cabe al murado recinto
de Murcia,preciado edén,
vivió el huertano a ferrado,
como el guerrero á su arnés,
á su lengua, á sus costumbres
y á sus tradiciones fiel;
y lo que labor de siglos
no lograra conmover,
al mediar el de las luces,
con su brillo y su oropel,
fué cayendo, fué cayendo
sin poderse mantener.

Metió por la vega virgen
la locomotora el tren
con su penacho ondulante
corriendo á todo correr
y ¡adiós, augusto silencio
del encantado vergel!

La revolución gloriosa

echó por tierra después
la muralla اسپillerada,
de cuya vieja pared
aún conservan los vestigios
Zaraiche y San Miguel.
Y luego Antonete Galvez,
todo corazón y fé,
alzó las huestes honradas
de huertanos, y en tropel,
predicando del Cantón
el glorioso amanecer,
se los llevó á Miravete
y á Cartagena... y á Argel,
donde pobres y emigrados
pasaron hambres y sed,
¡dóciles aventureros
de aquella lucha cruel!

Todo en veinte años huyó
para nunca más volver:
metió el huertano en el arca,
sudario del tiempo aquel,
el jubón con cada broche
de plata, como una nuez,
la chaqueta azul de gala,
el morisco zaragüel,
la capa magestuosa,
la montera, el calañés
y la manta espinardera
que orlaban caireles cién;

y la huertana la armilla,
el refajo ó guardapiés,
el pañolico de espuma,
á unos dos dedos del que
el moño de picaporte
iba gracioso á caer,
la mantellina lujosa...
todo aquel vistoso tren
con que la moza juncal
se formaba su *toilet*
y salía por las sendas
más hermosa que un clavel,
dejando olor de membrillo
de las ropas al vaivén
y á más de cuatro zagales
pegaos á la paer.

II.

Pero si á impulsos extraños
y por diferentes causas
huyeron de las costumbres
de la población huertana
lo secular y lo típico
de su gaya indumentaria,
sus costumbres y sus *juegos.*
sus bailes, sus serenatas...
el lenguaje, aquel lenguaje
que con picarescas galas
don Joaquin Lopez vertía

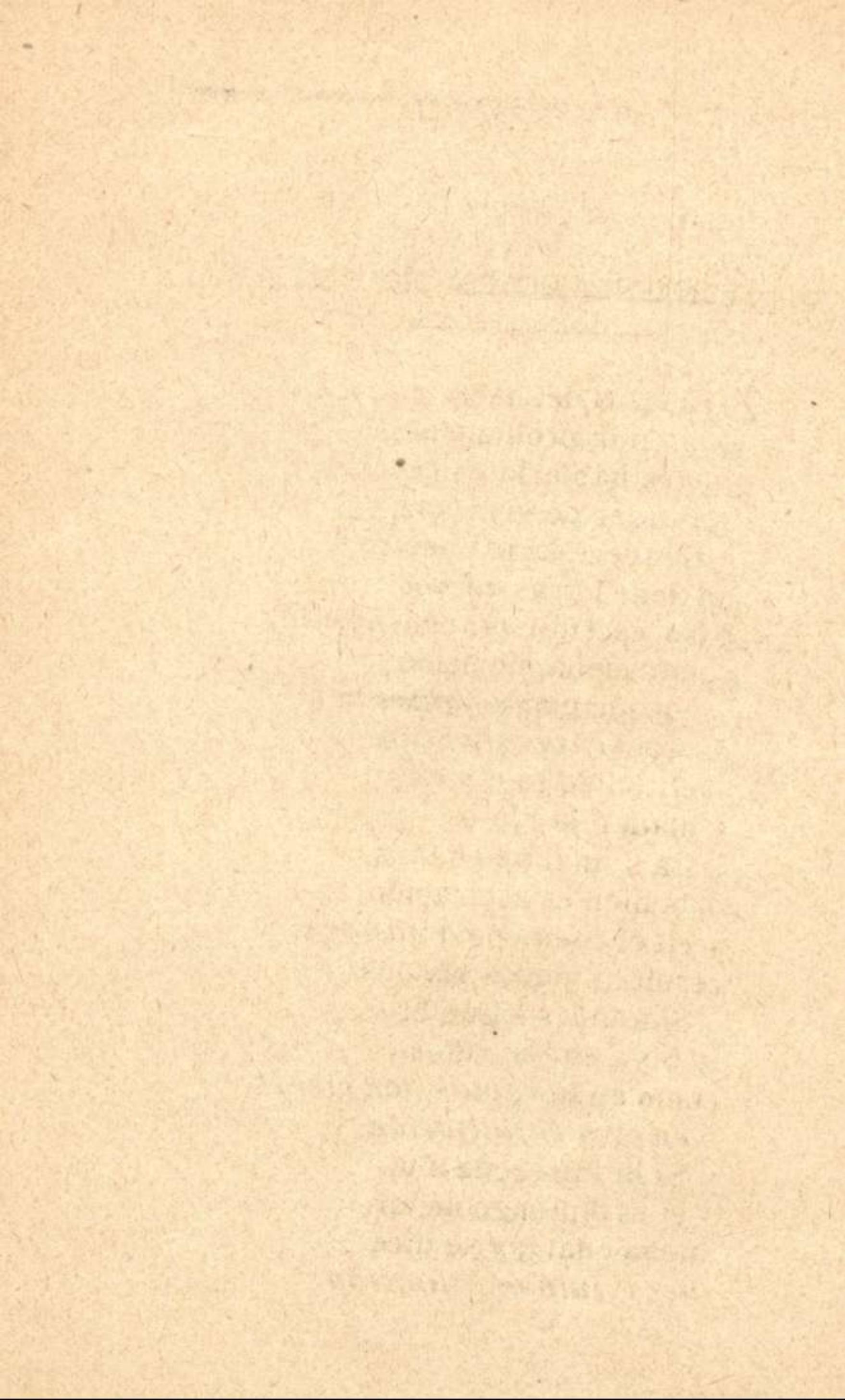
en sus célebres soflamas
cuando hacia de perráneo
el primer día de máscaras,
en su vistosa carreta,
con las manos en la faja,
de pié y mirando al concurso
que embelesado escuchaba;
ese lenguaje, repito,
aunque no libre de mácula,
porque los kilos y el metro
y hasta las piezas baratas
del teatro, con sus cáistes
y sus canciones chulapas,
saltando *ciecas* y azarbes
llegaron á las barracas,
ese subsiste en su esencia
como reliquia preciada.

*

Habla de la Huerta mía,
expresión dulce y simpática
que en labios de mi mayores
escuché desde la infancia,
si mis cantares te copian
y mis romances esmaltas,
no es por ánsia de laureles
ni por triviales jactancias,
es porque mi sangre es sangre
de humilde extirpe huertana,

es porque en mi ser palpitas,
 porque te llevo en el alma
 y porque contigo evoco
 ecos de edades pasadas
 y se recrea mi espíritu
 con esa música grata
 que nace de tus acentos
 y brota de tus palabras.

Y no al compás de la lira,
 ni del laúd, ni del arpa,
 como trovador romántico
 al pié de vetusto alcázar,
 sino al rítmico y alegre
 rasguear de la guitarra
 recordaré tus encantos,
 cantaré tus alabanzas
 mientras me inspire una nota
 tierna, dulce ò delicada
 esa veg i encantadora,
 de que eres tú verbo y gala,
 con sus colores espléndidos,
 con el rumor de sus cañas,
 con su ambiente de azahares
 y su alfombra de esmeralda,
 que se extiende hasta la sierra
 de tomillos matizada
 en donde asienta su trono
 la virgen de la Fuensanta.



PRONUNCIACIÓN HUERTANA

El *quid* del habla *panocha* está en la pronunciación y para hablarla es preciso aprender de viva voz.

El abecedario nuestro no tiene letras *ad hoc* para escribir *muchachiquios* como suena, no señor, porque en los *iquios* la q vá como aproximación y el sonido es q y ch y mata á la i la o.

La s final no es tal s, más bien es aspiración y en el compuesto *nosotros* resultan mudas las dos.

Si á una s sigue b, la b ya es f en rigor, como en *lah fotas*, *loh bienes* ó en otra *ehfalijación*,

Si la f precede á u, y si es diptongo mejor, suena cua' j, y se dice *juera*, *juimos* y *junción*.

La ch es una ch suave;
la y griega se consagró
para *caya*, *trayo* y *oya*
cuya significación
es de oiga, traigo y caiga,
y en verbos de este tenor.

Por eso es error muy grande
y falta de observación
escribir *haiga* en pañocho
siendo un *haya* como un sol.

En otros casos, los más,
la y griega se confundió
con la ll, que el huertano
pronuncia con fuerza atroz.

Suena j en *azgo* y *asco*
por extraña contracción
y *apeteja* ó *mayorajo*
sirven de ejemplo al lector.

Son en muchos casos g
la b y v de corazón,
como en *regullicio*, *ingüerto*,
gomitar, *güeno* y *gorvió*.

A la d, que es letra fina,
tiene el huertano aversión,
aunque en general sucede
lo mismo á todo español.

En cambio le dice *pálido*
al pálio, siendo un horror,
como siempre á la reliquia

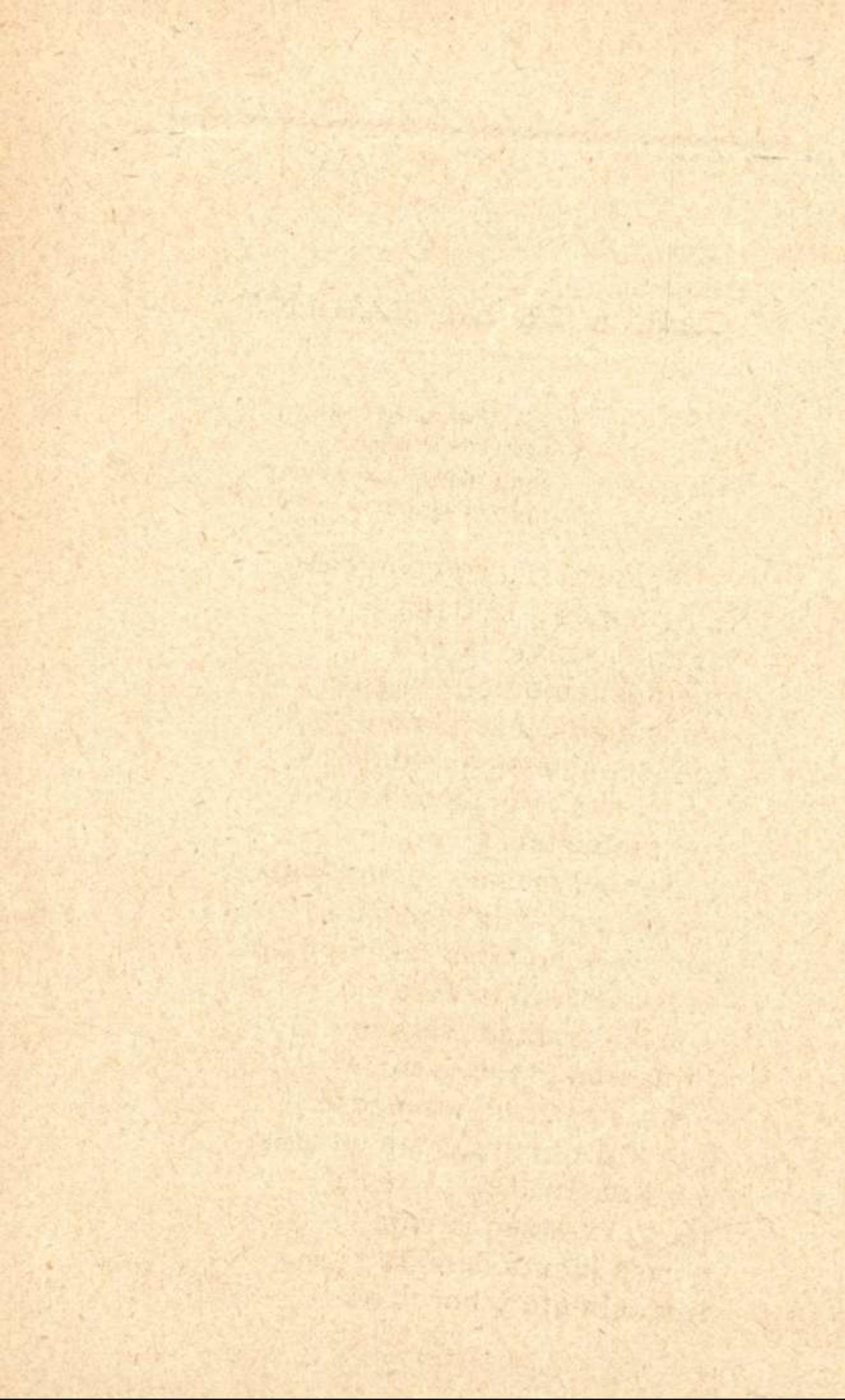
la *relica* le llamó.

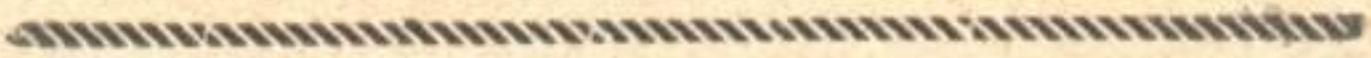
Se dice *atajalla y dalle*
lo mismo que Calderón,
lo cual dirán que es muy viejo,
mas que no es castizo no.

La l se trasforma en r
ó suenan sin distinción,
segun lo pide el oido
ó el gusto del hablador.

En fin, un *gallomatias*,
que *espicazar* no sé yo,
pero que iré *esperfollando*
como me dé á entender Dios.







CARTA DE LA HABANA

A Mariapepa la Roja,
partio de la Azacaya,
junto al partior del Cherro,
hincia Los Garres.—ESPAÑA.

Pepa; sabrás como al cabo
alleguemos á la Bana,
en un barco de la mar
que nos trujo por el agua
y nos hizo echar el ámago
con los meneos que daba.
Yo estuve más de ocho dias
con ambustias y con ánsias,
y hasta el mesmo comendante
pensé que ar fin espichaba,
porque echó hista las papillas,
se le amorató la cara
y hablaba dando berrios
como una presona mala.

Yo, la verdá, me pensé
que allí en la mar me queaba
ú á Nuestro Páere Jesús
me golvian en la caja,
pero á juerza de café,
tila caliente y horchata

y friegas de lechanís
por la canal de la espada
que nus daba un cerujano
con un cacho de toballa,
juimos entrando en calor
y ya estoy güeno, á Dios gracias.

Apenas pisemos tierra,
cojí el chopo... y á campaña,
y echemos á los dos dias
seis leguas de caminata,
buscando á los felisteos
y siguiéndoles la ráuta,
hista que los desfisemos
cogiéndoles por dezaga,
y en menos que se ice arre
ipum! ipum! les dimos la carga
metiéndoles el resuello
pa drento á juerza de balas.
¡Maere mía y qué tronio,
qué trimulto y qué algazara!
Los felisteos corriendo,
nusotros marcha que marcha,
hista que al verse perdíos
se quearon como estáutas
y diciendo de ruillas:
“No matarnos como ratas,
que tamién semos presonas
con máeres y con hermanas
y con hijos pequeñiquios

que no tién curpa de náiquia,,.

Yo ya tuve uno espetao,
pero me dió muncha lástima
y de vello hacer pucheros
me se retirò la rabia.

¡Ay! no sabes, Mariapepa,
como el pecho me se esancha
cuando macuerdo de tí,
lucero de la Zacaya.

Premita Dios que te vea
lo más tarde pa la Páscua
y que partiendo almendriquias
en la puerta de tu casa
te diga cosas de busto
que no puén ir en la carta.

El año pasao, macuerdo
que el dia de la Juensanta
te llevé al Bazar Murciano,
ande venden la quincalla,
y que te merqué un collar
más grande que el de las vacas,
aunque en vez de campanillas
era de cuentas muy blancas;
y un aspetón de marfil
y una peineta de nácar
y unas arracás dorás
con las que estabas muy maja;
á más de unas sonajeras
y dos ú tres pitos de agua

pa osequiar á los zagales
menúos que hay en tu casa.

Ogaño ya no pué ser
el que á feriar te yo vaya,
pero te mando un billete
que he percanza en la paga
pa que tomes de mi cuenta
sin decir media palabra
tuiquio lo que te se antoje,
mas que sea de oro ú plata,
que pa eso me sobra arbullo
y no me se encoje el arma.

Conque adiós. Dale memorias
á tu maere, á Faco el Charpa,
á Perete el Aristones,
y pa rematar, abraza
en mi nombre á tó el partio,
es decir, á las zagalas,
y tú sabes que te quiere
sin farfullas y sin mácula
y te llevará á la ilesia
pasás estas cercustancias,
el cabo de los sordaos

Flugencio Puche Picaza.

EL MEMORIAL DE UN PERRÁNEO

Yo el arcarde de un partío
que no conviene mentar,
porque naide se enfurrunche
si digo arguna verdá,
que la verdá munchas veces
tié gustiquio á rejalgar,
al arcarde mallor echo
el siguiente memorial
pa icille que yo no sirvo
pa tener ni pa empuñar
nenguna clase de ensinias
ni vara de autoriá:

“Señor arcarde mallor.
Aller llegó á mi portal
uno que lleva cachucha
con galonciquio adorná
iciéndome si llo era
don Francisco Mompeán.
Llo me rasqué cuatro veces
el cocote... la verdá,
porque al prencipio inoraba
si era llo mesmiquio el tal,
y dimpués de meditallo
un rato y reflisionar,

dije:—Llo soy, ¿qué sofrece?
y él me rempuso:—Pos ná,
que tome osté este papel
que es cosa molicipal.,,
La verdá, sinti tufiquio
como custión de votás,
pero luego vide que era...
pos era la credencial
que icia que llo era arcarde
perráneo deste lugar.
Se lo conté á Marialcármén
y la probe, argo ambustiá,
emprencipió á hacer pucheros
como si juera á llorar
y á icir que no apechugara
con semejante embuchá.

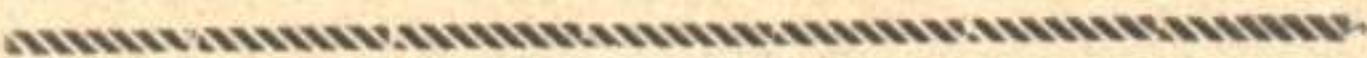
¡Maere mía y qué tremojo!
—Pos llo haré por gobernar
que el perráneo sea el tío Aristas
y que me dejen en paz
(dije á mi mujer, pa ver
si no se aflegía más.)
Dimpués, y lla al acostarnos,
ella empezó à esperfollar
los trimultos, los enreos,
tufiquio lo que ezaga vá
del cargo, que le hace á uno
de tó er mundo el adecán.
¡Y habla como el Avangelio

y tié razón ¡puñalá!

Enantes era el perráneo,
aunque es malo señalar,
el rey, el gobernaor,
en fin, toa la autgoriá,
y prendía en un memento
llegándole á repretar,
no digo llo á Carlo-mano
que era un valiente hista allá,
ar mesmo Poncio Pilatos
como allegara á fartar.

El si venía la Reina
con tuiquia su magestá,
iba á hacelle una vesita
y dista llegaba á hablar
aunque con argun trebajo
y la lengua encorvillá;
él, si llegaba la epóca
de hacer argunas votás
sacaba argo pa pasteles;
si era custión de sacar
de la Casiquia é la Parra
á arguno que hizo una asná
lo sacaba con su influgio
tan solo con resollar...
Pero abora ¿pa qué sirve?
¿Pa ir con el molicipal
echando la garrotera
hoy á Faco, mañá á Juan?

¿Pa ir sacando hista el reaño
con la céula presonal?
¿Pa embargalle las gallinas
al que no pué gobernar
de pagar la contrucción?...
Pos si no sirve pa más,
si no pué echalle un remiendo
al camino vecinal,
ni hacer que arreglen la cieca
y no vengán á embargar
y á llevarse los cochinos
sin decir siquiá ¡agua va!...
si pa eso no aprovecha
ahí tié osté la credencial.
Que llo, en mi probeza, quiero
que me quieran los demás
sin traspuncharme con naide,
pos con un piazo de pan,
que es lo que llo nesecito
pa mi mujer y el zagal,
sin ser más que Facó el Zorra
me pienso que soy Sultán.”



LA FIESTA DE SAN BLAS

UN MOZO TERNE

Aunque abora no se estila,
como enantes se estilaba,
lo de llevar los zagales
el pañuelo á las zagalas
los dias de San Anton,
San Blas ú la Candelaria;
yo que taviá como bollo,
y gasto broches de plata,
uso bucharas de palo,
llevo calcetas y faja
y unos zaragüelles de esos
con más tela que una sábena,
voy á llevarte esta tarde,
Pretonila de mi arma,
si tú quieres, á la fiesta
que se hace por Santa Ularia..

Tú sabes que mi presona...
vamos... que no es pa tiralla,
y yo sé que tú eres güena
y que tienes una cara
que al mesmo sol, si te mira,
le dá vergüenza y sapaga.

Pos bien; tú con tu armaor
y las arracás más majas,
el refajo colorao
y con el moño de trampa,
y yo, que me he de poner
tuiquío lo mejor del arca
y unos borceguiles de esos
que chillan cuando se anda,
sin regomello nenguno
iremos á Santa Ularía,
¡y verás si damos gorpe,
yo por curro, y tú por..... barba!

Allí he de mercarte almendras,
y dátiles y avellanas,
y un cordonciquío con borla,
pa colgallo en tu garganta
á fin de que en er galillo
no te pase arguna esgracia
ni te se hinchen las inginias
del porviquío de las parvas
y pa que tú me lo enseñes
la noche que tengas gana.

Yo, mentres dure la fiesta,
ire gorviendo la cara,
porque hay allí unos zagales,
que, dempués de que con maña
le van corgando rabiquios
hista al lucero del arba,
suelen gritar: "¡Marina...bo!!",

y otras desvergüenzas malas,
que le hacen á uno echar juego
y decir malas palabras.

Tamién de los lechubinos
no hay que fiarse una paja,
que muchos piensan que por
llevar la farruca larga,
les puen decir asnerías
y empujar á las zagalas,
sin reparar que si un novio
coje enritao la vara
les pué estrocear la espina,
y ponellos que dé lástima,
aunque lluego los ceviles
le hagan bailar las parrandas.

Dempués, y pa despedirnos,
nos iremos pa la Plaza
y entraremos ca Bonache,
que es una tienda de fama,
ande frabican pasteles
con güevo, chorizo y salsa,
y allí nus hemos de hinchar
de lo que nus dé la gana,
porque yo tengo pa eso
poco arbullo y muncha plata.

Con que, adiós, prenda é mis ojos,
lucero de la mañana,
ya sabes que yo te quiero
sin superflujos ni mácula,

y que te llevo apegá
en la mitá de mi arma
como si fuera paré
y tú fueras una estampa.





PLÁTICA Á MOA É SOFLAMA

REMANIENTE AL ARBULLO DE LAS PRESONAS DE ABORA

Á D. PEDRO DIAZ CASSOU

Hace tiempo, caballeros,
que llevo aquí en la cabeza
cuatro verdaes, que voy
á esperfollar como puéa;
porque ya tengo los sesos
que páecen una grillera
de ascuchar ambusterias
de la gente sin concencia
que se cree que er mundo anda
como si juera una ruéa,
que tuiquios los que vevimos
estamos dando vortetas,
y que el hombre vié der mono
como er busano de sea
revive de la simiente
que las palomiquias echan;
amén de otras abusiones
con que la gente de lletras
nus quié meter la batata
como á zagales de teta.

Pos bien; yo, Pascual Cutillas,

avecinao en la Urdienca,
cristiano viejo inda el arma
como nus manda la ilesia,
juro con la mano ar pecho
apestillao en la experencia,
que ni el hombre jué alimal
ni er mundo es devanaera;
que er páere Adán jué er primero
que arremaneció en la tierra
y que ar metelle los dientes
á la manzaniquia aquella,
porque Eva estaba guiscándole
dezaga de la culebra,
se llenó tóo de zagales
y zagaliquias pequeñas
que lluego se hicieron mozas
y jueron máeres y agüelas.

Esto remaniente ar mono.
Cuanto á que er mundo dé güertas,
como ice un libro que dan
los zagales en la escuela,
hay que ponello en remojo
y no amagar la cabeza;
pos si er mundo juera préfugo
sin ráuta alguna ni senda,
estaria ya hecho piazos
ú estrellao en las estrellas.

Tóo lo que ya llevo dicho
tié su mácula y su esa,

y lo digo remaniente
á esas cábalas preversas
que el arbullo de los hombres
ca memento nos espeta.
Uno adevina que er mundo
se arrematará una siesta
porque no va á quear aire
ni pa resollar siquiera,
queándonos tóos defuntos
igual que las moscaretas,
con er pico abierto y tiesos
á moa de estáutas de piedra.
Otro, echándola é centífico,
íce que en tal ú cual flecha
caerá un bóligo rabioso
armando una tronaera
pa que tuiquios los nacíos
muramos como arpa vieja.
Y como cá uno se espacha
dándolle busto á la lengua,
esto es un presillo suerto
que se eja azaga ar de Céuta.

Pos abora entro yo y digo:
que más arriba é. las tejas
ni Lepe, ni Carlomano,
ni Briján ni er mesmo Séneca,
anque gasten telescopis
como inde Churra á la Alberca,
no verán mas que pantasma

ú anguina sombra chinesca.

Es verdá que el hombre alanta
y que hay pograma y hay ciencia,
cerrocarril, microfáno,
telegrajo y luz sin mencha;
verdá que abora hay jusiles
cargaos por la zaguera
que en diciendo ¡juevo, juevo!
salen las balas á ocenas;
es verdá que enantes iban
con la amolaera acuestas
los que aílaban buchillos,
facas y otras herramientas,
y abora los churubitos
montan las amolaeras
y van haciendo canillas
con los pies que se las pelan.
Pero de esto á icir que el hombre
tóo lo esfilusa y menea,
dende la estrella con rabo
hista la hormiga trigueña,
aunque unó espicace tormos
compriende la diferiencia.

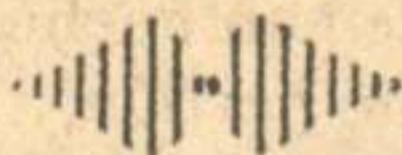
Sea presona ú alimal,
tuiquo lo que aquí resuella
se mueve por el influgio
de Dios, que tóo lo gobierna,
y dende el cherro al cochino,
der buitre á la cavernera

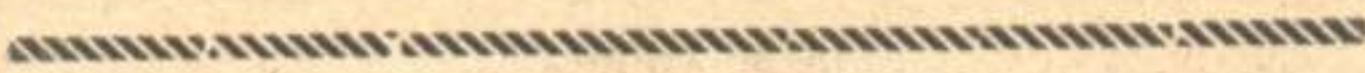
y der probe gafarrón
 hista la perputa témida,
 no hay ná que viva sin brújula
 y à Dios no le preteneja.

Lo que pasa es que el arbullo
 nos ha güerto la chaveta
 y en cuanto va al Estituto
 un zagal, aun siendo un cepa,
 se mete un gallomatías
 de cosas en la sesera,
 que, ú se convierte en herejo,
 ó si habla echa blasfemias.

Y es claro, como en España
 er que prenuncia con juerza,
 platica ú echa descursos
 y arma tremulto y pelea
 llega á melistro si quiere
 ú las dos borlas se cuerga,
 ar probe trebajaor
 toas las pupas se le enrean.
 Y le dán tabaco juerte
 con unas raspas que apestan;
 le embargan diquía la arfarfa
 cuando no paga la céula;
 en er fielato le punchan
 er tomate ú lo que sea;
 cuando hay votás nos amarran
 como una maná de ovejas;
 si nus cojen un cachorro

nus meten en la perrera...
en fin y pa rematar:
que esto páece una trigeria
en la que tuiquios los palos
los lleva el probe á la juerza.
Y como er que manda, manda,
y ar que chilla me lo hebrean,
como Dios no eche un diluvio
y en pescaos nos convierta,
presto iremos por las calles
en fardón y sin carcetas,
comiendo crillas cocías
ú rampetes de la cieca,
si antes no nus deja el hambre
como feguras de cera.





DESVENTURAS

A D. José María Ruiz-Funes.

I

Hombres de bien tan cabales
como el tío Pedro no hay dos,
pero como desgraciado
eso sí que está de nón.

Al pié está de su barraca
tomando un rayo de sol
porque el frío de su cuerpo
le llega hasta el corazón.

Está sentado y la vista
desparrama en derredor
como buscando consuelo
á su infortunio feroz.

Lo que le han hecho los hombres,
eso no tiene perdón,
que quitarle al hijo ha sido...
ha sido un despojo atroz.

Hijo de un sexagenario,
cuando á la quinta acudió,
libre, aunque condicional,
lo hizo la diputación;
y el pobre volvió á la Huerta

y le dió gracias á Dios
y sus padres le abrazaron
llenos de satisfacción.

Para Pedro y su mujer
el hijo es todo su amor,
que como es bueno y es único
le tienen adoración.

II.

Mas ¡ay! la suerte maldita
el gozo en duelo trocó
y al que la ley dejó libre
en Madrid luego ¡qué horror!
pretextando varias causas
de las que ni se enteró
lo declararon reclusa
sin pena ni compasión.

Por eso llora el tío Pedro
y dá rienda á su dolor,
porque en su inmensa amargura
en vano al cielo clamó.

Por eso abatido y triste
con ansia mira en redor
y se ve solo, muy solo
con su desesperación.

Mas como es bueno, la luz
de su fé no se extinguió
y aunque su desgracia llora

alza sus ojos á Dios.

Y por eso cuando el trío
le hiela hasta el corazón,
por no afligir á la vieja
busca un rayico de sol,

y allí, sacando una estampa
de San José, que le dió
al marcharse su zagal,
decir suele á media voz:

III

“Paere del bastón florio,
escucha á este labraor
á quien las penas le roen
el alma como un corcón.

Yo tengo en tí muncha fé
y á tí levanto mi voz
pa pidirte que me otorgues
tus influgios y favor.

Ya sabes, péare del alma,
que hace ya año y medio ú dos
que entró en quintas mi zagal,
el probe de Melitón,
y se lo llevó la tropa
por esos mundos de Dios.

Dende entóces mi vivienda
está como un panteón,
pos mi mujer mala está

por efléuto de un tumor
que pone á la probetiquia
pa pegar un reventón.

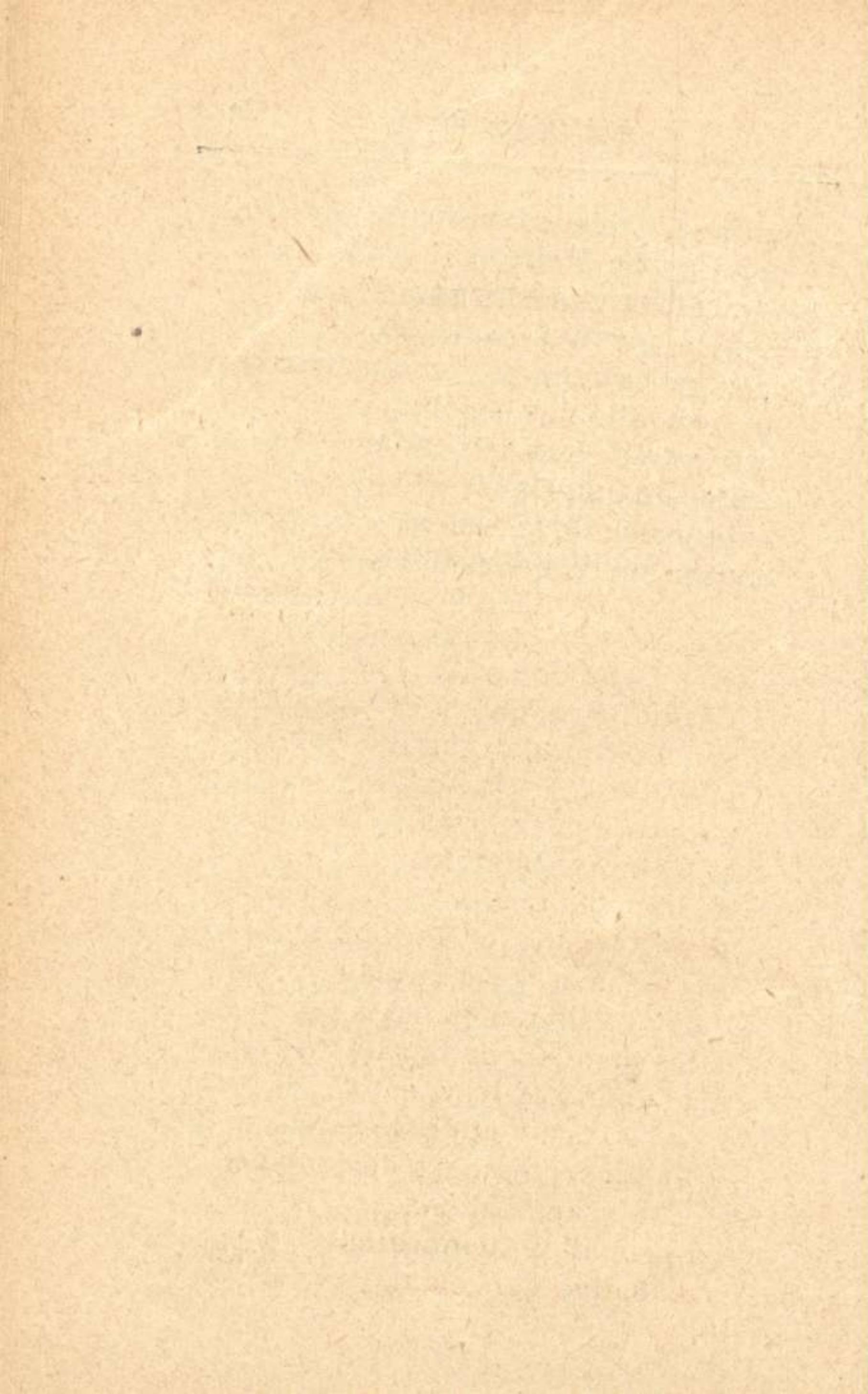
Yo tengo unas calenturas
que me tién hecho un dolor,
con un color de pajuela
y una robinera atroz.

Pos bien; como mi zagal
es de mi casa el timón,
porque, sea dicho en güen hora,
es güeno y trebajaor,
y ese timón está juera
porque árguen me lo robó,
en mi casa ni hay salú
ni media libra de arroz,
ni más que miseria pura,
dicho sea con perdón.

Cuando jué al servicio el probe-
tenía yo argun doblón,
pero en ingüento amarillo
y en quina me se jué tó
y hoy estamos traspillaos
de nesecidá los dos.
Por eso, yo que te quiero
y te tengo devoción,
me premito la licencia
de pidirte por favor
que pongas tu valimiento
con el rey, que guarde Dios,

pa que le dén el canute
á mi probe Melitón
y sacaben ya las penas
que la injusticia me echó,
porque hay sabios como tormos
que no tién ni religión,
y se venga ó su vivienda
antes de que espire yo
y la probe de su máere
muera sin dicille "adiós."





UN GALLOMATÍAS

Amigo Facó Porrónes:
Hace un año ú poco más
que en el partío tuvimos
una custión entrincá
remaniente á eso que ician
que iba á andar por bajo el mar
lo mesmiquio que si juera
un pescao de verdá.
El tío Zorra, que es un tormo,
se rilló como un zagal;
el Rullo tó era rascarse
el cocote por detrás;
el Rampete icia que eso
no lo podia tragar,
y, por remate, el tío Romo,
Facó l'uche y el tío Blás
cuando leiba er papel
y les mentaba er Peral
acababan por icirme
que eso era un tajo de asnás.
Llo, sin ser hombre de cencia
ni esfilusar r á de ná,
pa proballes su inorancia
sacaba las del costal,

iciéndoles: "Caballeros,
tamién la letricidadá
me iciais tós que era ambuste
y luego se vió alumbrar
sin ná de arrimalle juego,
sin la mencha y sin er gás,
y lan puesto en el Casino
y dista en la Catredal
llevándola por las calles
en alambres encerrá
pa que en tocándole al muelle
sarga la luz y haga ¡chás!
Ellos tuiquio era estoserse
sin poerme contestar
y me ician pa vengarse,
pegando sus risotás,
que cómo por bajo el agua
se puè ir sin resollar,
ni ispararse los jusiles
con la pórvara mojá
ni alumbrarse por la noche
sin que se apague tó er gas,
ni hacer mil nesecidaes
sin saber póande se va
no habiendo ráuta nenguna
pa poerse encaminar.
Llo icía que pa eso sirve
la abuja del mareal,
la cábala y los debujos

que sacen con er compás,
 y que tamién al prencipio
 daba mucho que pensar
 el ver como andaba el tren
 sin rempujalle poatrás,
 hasta que luego se vido
 que era el agua calentá
 la que le hacía correr
 y esjañitarse á pitar.
 Amigo, pero er demonio
 que está dando rabortás,
 echó á pique tuiquio aquello
 der negocio der Peral
 y tós los de la custión
 comenzaron á asnear
 y no juí pa er ventorrillo
 en dos meses ú argo más
 y hasta en mi mesma vivienda,
 pegao en el cornijal,
 me pusieron un papel
 con las lletras colorás
 que icia: *En esta varraca
 avita Facorro Asnal,
 el más cepa de la Huerta
 dinde Churra á Beniaján.*

*

Pero vamos ar negocio,
 porque de tuiquio hay que hablar,
 y abora verás la causa

de lo que ya dicho vá.

La otra noche, el hijo er Zorra
jué á saltar por un brazal
y er muchacho se esfaró
y en el agua jué á parar.
Su máere le echó una mano,
y se encomendó y San Blas
y pudo sacallo jueca,
mas cuando er probe jué á andar,
agarrándose á su máere
dijo: "¡Ya no pueo mas!,
Y se cayó hecho un gurullo
encomedio del bancal,
hista que luego en un zarzo
se lo pudieron llevar.

El Zorra llamó al barbero
y éste registró al zagal
y le halló en el colodrillo
como una puncha endeñá
y un retortero en la nucla
que pensó que iba á espichar.
Le pusieron sangrijuelas
y le dieron la roá
y con ingüento amarillo
le taparon el roál;
le metieron entre sábenas
y jué el méico del lugar
arrepretando á los páeres
iciéndoles que ná, ná,

que el zagal estaba hinchao
 por el influgio del mal
 y que le dieran gallina
 á tó pasto y sin parar
 y en un resto rematao
 que se juera al hespital.

¡Lo que lloró aquella máere
 no lo quiero ni pensar!

Pero se esperece el Rullo
 y con muncha gravedá
 dijo:—Pos este se cura
 de aquí á luego á más tardar
 como tome una mecina
 cabora por Murcia dán.

—¿Cuála?—dijeron los páeres.

—No macuerdo ¡puñalá!

—¡Ya sé lo que es! —dijo entóces
 con muncho arbullo el tio Blas—

¡La mepatía!

—¡Eso mesmo!

Unas boliquias que están
 metías en un canute
 pequeñiquio de cristal,
 como simiente é busanos,
 y se mete una na más
 en una buchara de agua
 y á la cuarta buchará
 reviven dista los muertos

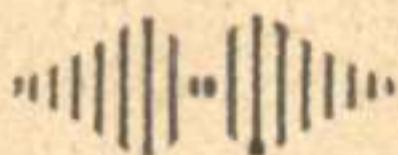
cuando dán las boqueàs.

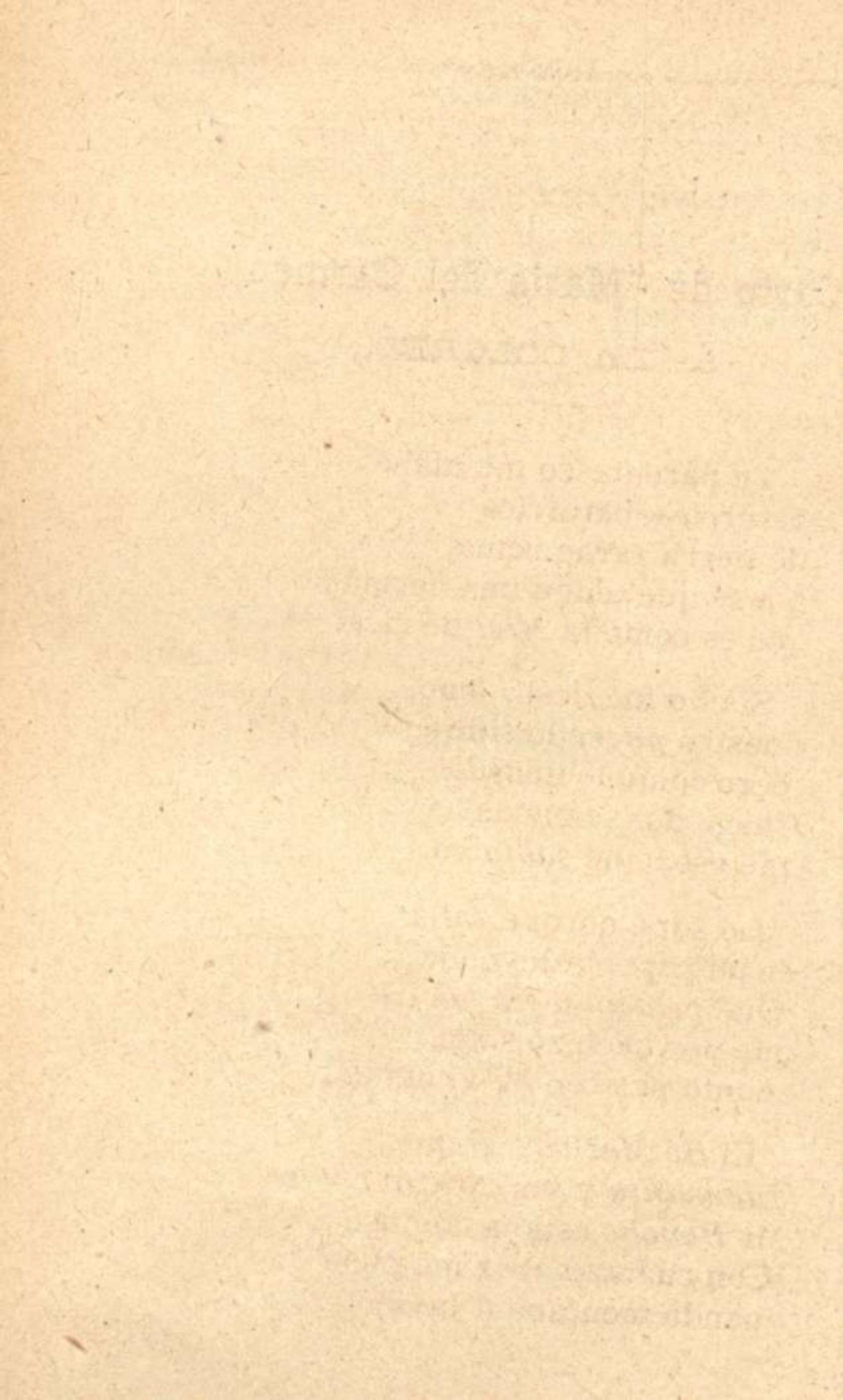
Yo no sé lo que pasó
 ni lo pienso espicazar,
 pero al zagal se la dieron
 y abora salla tal cual.
 Esto ha armao en el partío
 un trimulto rigular
 y han comenzao las gromas
 como aquellas der Peral,
 y como llo soy daquellos
 que están con Santo Tomás,
 pa ver si en esta custión
 los allegara á chafar,
 quió que me mandes los libros
 cabora dá tu zagal
 er que estudia en San Flugencio,
 pa dalles una entruchá
 y ver si la mepatía
 es cencia medecinal.

Me pués mandar el "Perrone",
 "La toma de Totuán",
 "Las siete malas partías",
 "La historia der Prestejúan",
 "Los aforos del Imprócates",
 "El Cortés", "La marcha real",
 y lo que á tí te se antoje,
 que tó se esperfollará,

por si aclaro este negocio
que tié muncho que escardar.
Adiós, tu amigo hinda er güeso
que taprecia,

FACO ASNAL.





Carta de "Maria del Carmen,,

Á "LA DOLORES,,

Tu parentesco me ufana,
baturrica, baturrica
de tierra zaragozana,
¡ya sé que tengo una hermana
que es como la *Miel* de rica!

Si ello fué deslíz ó no,
nuestro *páere* lo sabrá;
¡pero cómo lo guardó!
Chica, dos semanas há
que eso lo he *sabio* yo.

Lo supe porque salía
en un papel la leyenda.
¡Qué *relación!* ¡Si *paecia*
que por hechizo salía
cuanto pasó en mi vivienda!

El *tio Maticas*, *Pepuso*,
Juensanta y yo... ¡tié que ver!
Mi *Pencho* estaba confuso...
¡Con cuánta *pavor* me puso
cuando mentaba á Javier!

¡*Probe!* cuánto me quería!
Cuando su vida perdía,
y de esto es testigo Dios,
hubiera *dao* la mía
por salvarlos á los dos.

¡Cuánto su muerte *sinti!*
Hoy tengo una hermana en tí
y un marido que es un gozo.
¡Cuando vengas por aquí
ya veras tú qué *güen* mozo!

Viene gente *prencipal*
á darme la enhorabuena
y me llaman inmortal,
pues *semos* tú y yo en la escena
la pareja más caball!

Esto dicen sin tapujos
más de tres y más de cuatro
que no *tién* pelo de brujos...
¡*miá* tú que andar yo en *debujos*
en papeles del teatro!

Y *tóo* por aquella historia
que está *clavá* en mi memoria...
¿Quién podría ni pensar
que ella me habria de dar
tanto *arbullo* y tanta gloria?

Abora, hermana Dolores,

un favor de los mayores
vas á hacerme, si tú quieres:
¡á ver si es verdad que eres
amiga de hacer favores!

Déjate á *Calatayú*,
busca y dí al señor Feliú
el deseo que me abrasa
de que tanto él como tú
vengais á esta humilde casa.

Ya están las rosas primeras
trocando esto en un edén;
están en flor las moreras
y muy pronto las higueras
echarán brevas también.

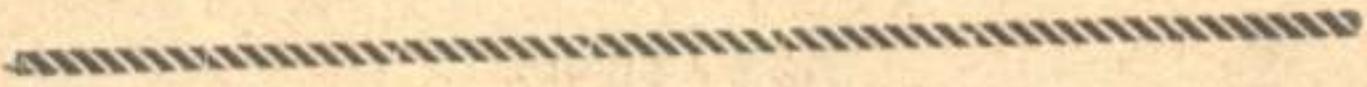
Como el año va muy sano,
no duda ningún huertano
que la *sea* podrá verse,
y, según Pencho, el *busano*
ha *empezao* á removerse.

Y en cuanto salga la *sea*
venga Guerrero por Dios
con Fontanar de pelea,
¡y ya verás tú á Romea
ser poco para las dos!

Desimula el mal aliño

con que te hago esta *encomienda*
en prueba de mi cariño
dende esta *probe* vivienda
de la ermita de Patiño.





DENDE EL CORNIJAL

En la calle de las Tiendas
y esquina á la placética
ande hay un farol muy grande
de zaga de una garita
en la que espachan papeles
y puros y cajetillas,
hay una tienda, zagala,
que paece una maravilla
por tantas cosas de busto
como allí se ven metías.

Yo jui en noches pasás
con mi prima la Casilda,
que tú sabes que la probe
es así un poco encogía
y se le apaga el resuello
en cuanto ve que la miran,
y al ver el descaparate
que paece una capilliquia
de lo bien que han colocao
arañas y lamparicas
y jubetes y jarrones
y tazas y otras vasijas
que sirven pa echar las puntas

y escupir las señoritas,
me dijo:—Primo.

—¿Qué quieres?

le respuse yo ensegua.

—¿Se pué entrar?

—¿Qué si se puede?

Pos me busta. ¿Quién lo evita?

Ande entra el sol entras tú

con tuiquia tu cometiva.

Y entramos. Ella encortá

y yo mira que te mira

pabajo y por alreor

porque aquello me paecía

un paraiso encantao

tó lleno de cosas finas.

Ella alzó luego los ojos

y me dijo:—¡Maere mía!

una tienda de esta moa

no la vide yo en mi vida?

En esto se allega el amo

y con muncha cortesía

nos dijo:—¿Ostés lo ven tóo

bien espaciquio, sin prisa,

que aquí lo mesmo entra el probe

que los que llevan levita.

Y en menos que se ice un Creo

comenzó á sacar cosiquias

y á desplicar el busilis

conforme nos las traiba.

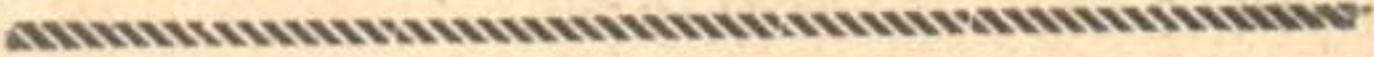
¡Qué ambeleso! ¡Qué jubetes
 los que abora se frabican!
 Baste decir que andan solos
 igual que el tren y que pitan
 sin que naide los rempuje
 ni sople por la boquilla...
 Yo, por no salir de allí
 dempués de tanta vesita,
 sin mercar ambuna cosa,
 me truje una escopetiquia
 pa el zagal, que me costó
 dos reales y tres perricas,
 por más señas que ya está
 estroceá y hecha astillas.

Conque si vás pa la feria,
 zagala del arma mía,
 métete sin regomello
 en esa tienda tan rica,
 que abora llaman Bazar
 porque tié mas campanillas,
 y mércate ambuna cosa
 que te sirva pa lucilla,
 porque allí venden de tóo
 lo que en el mundo se estila;
 dende bucharas de Pertre
 hasta arracás de las finas
 y de esas cruces pa el cuello
 atestás de pedrerías
 que emboban á los zagales

si las ven de cerquetiquia
porque relumbran lo mismo
que si fueran las Cabrillas.

ANTON FACO.





SOFLAMA

que á la salía de misa é siete ha prenunciao esta
mañana el perráneo é la Cueva.

A DON DIEGO HERNANDEZ ILLAN

Presonas de tuiquías clases
que vivais avecinás
en el partío ande tengo
mi jurición presonal;
en la puerta de la ilesia
ande acabaís de ascuchar
lo ca dicho el páere cura
atento del Carnaval;
yo, como segundo páere,
tamién us tengo que hablar
remaniente á este negocio
con tuiquia jormalidá.
No voy á pegar papeles
con las lletras imprentás
porque el partío está probe,
y el que no tié pa cenar,
como le pasa al perráneo
toas las noches, ú las más,
no debe andar con debujos
como hace Facorro Asnal,
que porque empuña la vara

se le fegura que va
pa embajaor de tres colas,
anque lleve á su zagal
escarciquio y traspillao
de pura nesecidá.

Lo que habia icir la imprenta
lo voy llo á despicazar
á mi moa y sin retólicas...
¡ascucharme, que allá va!

Páeres que teneis zagales,
mozos que estais pa casar
y que par caso es lo mesmo,
porque estais metios ya
en la ráuta del noviajo
pa no poer escapar;
saber que he tenio carta
de mi muchacho, de Juan,
que es cabo de los sordaos
inda que en la Bana está,
y he sintio su letura
como si juera un puñal.
La probe é su maere anda
ejarrándose á llorar;
los zagaliquios menúos
no salen del cornijal,
aflegios por la pena
y sin ese de jubar;
la cherra, cuando berrea,
tié tono de juneral;

la burra está echá á perder
 sin gana de trebajar,
 y dista el perro si ladra
 paece que ice: ¡Juan, Juan!
 Pos cuanto à mí ¡no digamos!
 si me distrallo en jumar
 páece que saco baladre
 cuando pego una chupá.

—¿Pero qué le pasa al probe?—
 direis tuiquios á la par.
 ¡Qué há de pasalle! Trebajos
 por ande quiera que vá.
 Ice que hace angunos dias,
 tres compañias na más
 echaron mil felisteos
 á bayoneta calá
 de un lugar que se quemaba
 lo mesmiquio que un pajar
 porque entraron rujiando
 tuiquias las casas con gas.
 Ice que pilló po elante
 á un negro en una emboscá
 y le dijo: ¡date preso!
 y el negro se echó pa atrás
 como pa metelle mano,
 cuando le atizó mi Juan
 y lo ejó dando ronquíos
 en comedio de un cañar.

Ice que le han hecho honores,
que lo astima el general,
y que si quiere la Virgen,
y me pienso que querrá,
vendrá con el pecho lleno
de meralliquias corgás,
si es que no trae antorchaos
ú ensinias de capitán.

Pero ice tamién el probe
que escribe inde el hespital,
porque el moro que espachó
le hizo á moa de una cortá
en la mano zurda, y salla
como aquel que va á segar
y se clava la corvilla
sin darse cuenta de ná.

Abora que lla sabeis
las cercustancias del mal
que ha caío en mi vivienda
pa preturbarme la paz,
porque esa puncha la llevo
en mitá er pecho clavá,
voy, á moa de soflama,
cuatro alvirtencias á dar.

Las máscaras, como ha dicho
nuestro páere el capellán,
son astrucias del demonio
que vá como un adecán

viendo á quien le mete el guisquie
pa ver de hacelle pecar.

Y ese bolo que ha estallao
en Madrí, Cieza y el Ral
premoviendo un terretremo
que olleron dista en Orán,
ejando á los sabios témidos
y á la cencia encorvillá,
no jué una estrelliquia préfuga
como ice el tio Baltasar,
lo que jué es que er Páere Eterno
nus dió un aviso ú señal
pa que no seamos prevesos
ni ejemos nunca é pagar
las puertas, la contrucción
y la céula presonal,
gastando en los ventorrillos
sin que poamos gastar
y prenunciando blasfemias
pa dar busto á Satanás.

Yo no me aparto que anguno
tenga la cincha apretá
y que pa tender la cola
y echar tres ú cuatro asnás
se isfrace un ratiquio é moro
y se ponga á retozar,
pero en cuanto que se espache
meta en el arca el isfraz
sin fartalle á las zagalas

ni ofender á la moral.
Porque ¡tenello entendió!
yo soy un peazo de pan
si me atacan por la güena
sin ese de arrepretar,
pero si yo allego á ver
que sin importarus ná
lo que le pasa al perráneo,
us llegais á emborrachar
y con facas ú cachorros
haceis anguna trastá,
us declaro felisteos
y hago lo que mi zagal,
¡icir ¡juera, juera, juera!
colocar us en rilá
y emperchar us con la horqueta
como si juera á aventar.
Estas son las destruciones
que mi presona lus dá
pa devitar revoliquias
que tié el tósigo penás.
He dicho.—Güestro perráneo

BLAS RAMPETE MOMPEÁN.

Antaño y Ogaño

RECUERDOS DEL CARNAVAL

“En estos años traseros
cabemos dejao azaga,,
el Carnaval era otro
y otra cosa eran las máscaras.
Aquel alegre huertano
cuya airosa indumentaria
pertenece ya á la historia
de nuestras costumbres ráncias;
al que, sin tontos disfraces
ni estúpidas mogigangas,
con la sal y la pimienta
que vertía en sus soflamas
era la nota saliente
de estos dias de algazara,
ha sucedido el grotesco
mamarracho que se arrastra
envuelto en cuatro felpudos
por esas calles y plazas,
haciendo el burro á lo vivo,
lleno de hollín y de almagra.

Aquel hermoso perráneo,
con su figura bizarra,
que en adornada carreta
se dirigía á las masas
y en cada esquina de Murcia
largaba su perolata,
valía más, mucho más
que esas inciviles cáfilas
que encuentran á un conocido
y á puñetazos lo aplastan.

El perráneo en su lenguaje,
lleno de expresiones gráficas,
pintorescas y graciosas,
en los bandos que "espetaba",
solía decir verdades,
envueltas en fina sátira,
de los "lechubinos", cursis,
á los que tenía rabia
porque al venir los huertanos
á la Glorieta en comparsa
solían llamarles *rusos*
con un desdén que irritaba.
Por eso, el perráneo, hablando
con retintín y con rabia,
decía en un bando célebre
tomándose la revancha:

"Hemos pillao un lechubino
empenalizao hasta el arma,
de aquellos más desolutos

en estos años de azaga,
 que estaba á moa de préfugo
 etrás de unas armajaras
 y sigún se vido luego
 se comió un brazao de arfarfa.

El probe está arrepentío
 de toas sus curpas dazaga,
 mas samester pa escarmiento
 de tuiquias estas comarcas,
 el sacalle to er veneno
 de los niervos de la panza,
 no sea, como ice Imprócatés,
 que güerva á sacar la pata,
 y perplégimun celebrum
 curareis con la jalapa„.

Hoy, si vieran los huertanos
 una de esas mascaradas,
 es posible que ellos mismos
 con extrañeza exclamaran:
 “Ese perráneo tan majo
 habrá venío de Jáuja,
 porque en la huerta no quea
 quien gaste broches de plata
 ni jubones rameaos
 ni esas mantas morellanas.
 El huertano de hoy en día
 es mas probe que las ratas
 y el perráneo del partío
 lleva una chaqueta mala,

no tiene ni dos pesetas
y en cuanto deja la vara,
vienen los de los consumos
y hasta la burra le embargan.

SOFLAMA (1)

Desahogo Canabalesco, que desemboca JUAN PERETE ZANCHES ZAMARRA ARISTONES Y FERISNEAS, en estos días de Carrestulindas, pa devirtimiento del prúbico y anchura de su pecho, al golver á empuñar la vara de la perranía der Menaicho.

Por motigos y motigos
c' argun día se sabrán
man subio á esta carreta
con arma empenalizá.

Pongo la mano en mi pecho
porque no pueo resollar,
de la africión y el espanto
que estas junciones me dán.

Yo era un perráneo de busto
y de fina voluntad
en estos años traseros
c' habemos dejao atrás.

Yo me salia trempano
de mi cama del pajar

(1) Del Sr. Martinez Tornel; carnaval de 1873.

y me venía pá Murcia
 con las boceras quitás
 pa enjaretar las soflamas
 de mi mesma autoriá.
 Con mi gente y mi compaere
 y ambuno que otro zagal,
 que traiban sus isfraces
 y burras aparejás,
 recorríbamos las calles
 y plazas de la zudiá,
 dándole busto á la gente,
 y tirando mil asnás.

Y sin ofender á naide,
 ni al Cóigo ni á la moral,
 los zagales, las mujeres
 y gente empigoratá,
 sin regomello nenguno,
 con busto particular,
 se reiban por "la boca,
 como era muy natural."

Once años han pasao,
 once años sin contar,
 que yo he estao en mi barraca,
 sin poer parpaguear.

Los trastornos que san visto
 y tanta barbariá
 como hamos hechos tuiquios,
 por meternos á arreglar
 er mundo, que estaba malo

y así sigue y seguirá:
años en camos pitao
por el lugar de don Juan
y por la punta de Inchola
y en Churra y en Beniajan.

Yo en pulítica era un hombre
c' acudia á las votás
y tomaba mi pastel
y mi copa de arquitrán
y me golbia á la huerta
con la céula sellá:
pos dimpués me dió á mi el asno
de llegar á cornijal
y ser del ayuntamiento
pa lucir y fegurar,
y por conseguir too esto,
me metí en una hermandad
que le ician en la huerta
amócrata Cartonal.

Tomé un jusil que me diéron,
que reventó por atrás,
y con el jusil me iba
por la huerta á pedricar.
Ejé á un lao los bancales,
me olvié de trebajar;
los trigos se los comian
el cerriche y las fenás:
la burra se queó en lcs huesos
y yo me quéé en la estacá,

con un bigote erizao
que me tuve que dejar.

Pero ya ha pasao too eso
y asina no güerva más;
abora á tender la cola,
como más haya lugar.

El subir yo á esta carreta,
con la antigua autoriá,
que he tenio toa mi vida
de perráneo y naiquia más,
con la vestimenta propia
y las borlas rodeás,
quiere decir que la huerta
está en su ser natural.

De hoy en alante !os tolmos,
la mujer y el trebajar;
pa pulítica, la arfarfa;
pa peródico, la azá;
pa jusil, una picaza;
pa herramienta, una almará;
pa cartuchera, un capazo;
una orqueta, pa aventar;
un caballón, pa sentarse;
un corbillón, pa esroñar;
pa buchillo, una corvilla;
esparteñas, pa votar,
y pa presentarse en Murcia,
la fiesta de carnaval
el bando de los panochos

que lus voy á esperfollar.

BANDO que yo y mi presona
le echamos á este país
pa que en las Carrestuliendas
nos poamos devertir.

Nenguno que no esté puesto
en el registro cevil
ni haya dao los dos cuartos
á Perete el Arguacir,
arrendador del derecho
de las que tién que paril,
podrá isfrazarse este año
por lo que puea ocurrir.

Al que pase por las Puertas
con bultos ù cosa así,
no le meterán la puncha
por ánde no puea salir,
como en el jueves pasao
me la metieron á mi;
que si el caso es ver si lleva
argún matute entro é si,
ya tiene aburejo hecho
pa poello descubrir.

Al que lellere un periódico
de los que traen de Madrí
se le arrimará un cepazo
que me lo eje en un trís.

Al que lleve alguna moza
 y no la lleve de aquí,
 sin que al pelo de la ropa
 le toque ni por reir;
 si se esfisa que en la calle
 le arrempuja el retintín
 y la mete por acá
 y la saca por allí
 y se pone repuntao
 por mareo, ó cosa así,
 se le ha de poner un bozo,
 pero que puea escupir.

Al que halle un monicipal
 y en cuanto lo vea venir
 no se quite los calzones
 pa que le pongan allí
 en los mismos zaragüelles,
 camisón y el escarpín
 el selliquio de la guerra,
 se le esterrará á Ciuti.

Al que se isfrace de cafre,
 ú de burro, ú de mastín
 y tienda emasio la cola,
 se le cortará en raiz,
 pa que no puea hacer servicio
 si le toca de servir.

Al que repulle y relinche
 cuando esfise, es un dicil,
 dende mitá de la calle,

lo que se puea escubrir,
y mirara incia el balcón
si hubiera una moza allí,
con los disinios preversos
del que se pone cerril...
se le echarán dos pozales
de agua por la nariz.

Si anguno en Santa Isabel
(la plaza que icen así),
por hacer una esperá
ú por pasar por allí,
pasa y cretica los hoyos,
el caballón, el carril,
los árboles que arrancaron,
ú los que puean venir,
á ese, por entremetío,
se le entregará á Pepín
pa que lo lleve á la Plaza,
y el Regior que está allí
ecomisando la carne
de cochino y rafali
(ú ispercionando los nabos,
la lechuga y peregil)
le aplique toas las penas
y me lo ponga á parir.

Finalmente, al que estornúe,
y no sea por la nariz;
al que metiere la pata
por ande no puea salir,

al que traya angún rególver,
 ú pistola, ú espain,
 ú guchillo é cabo negro,
 como si juera á venir
 á anguna junción de moros
 que se egüellan en un trís;
 al que no responda á pelo
 cuando digamos aquí:
 ¡Viva la Paz! ¡Viva España,
 que es una probe infeliz!...
 al que no sea güeno abora
 y luego, diquia morir,
 á ese, con una corvilla,
 se le atiza por aquí.

SUFRAMA (1)

que er tío PERETE CHAMORRO, arcarde der partío é la
 Arcazaba irige á toos sus moraores.

Yo, er tío Perete Chamorro,
 hijo de Facó y de Juana,
 perráneo de este partío
 inde er mocho hista las cañas,
 jundao en güestro respeuto
 y en la juerza é mi vara,

(1) De D. Francisco Roger. 1877.

he resolvío encubanarus
esta pequeña suframa,
pa que us vallais distrullendo
porque us hace muncha farta.
Por lo tanto mando y digo:

Primero: C' hagais la gracia
é no irus esmuñigando
elante de las zagalas,
ni tirar esos relinchos,
ni arrencularus pa zaga,
ni hacer en el suelo olliquios
con las puntas é las faras.
Arrencujonarus bien
liaos en güestras mantas
y cudiao con retozar
que están las cosas mu malas.

Segundo: Que dinda abora
dista que pasen las máscaras,
ejeis é llevar buchillos
de esos que se llaman facas,
ni tampoco armas é juevo
ni denguna clase d'armas,
que están tuiquias prohibías
sigún ice una suframa
ca echao en Murcia el arcarde
pa que no pasen esgracias,
y en dándolle busto ar deo
es fácir ocasionallas.
Andemás ice tamién

que no se premitan varas
 que tengan más miriametro
 que er de un realiquio é prata;
 con que echar bien güestro cárculo
 mucho antes é cortallas
 y no me igais impuès
 que no sabíbais la marca,
 porque no us valerán copras
 anque sepáis entonallas.

Tercero: Los que se isfracen
 de ladrones ú pantasma,
 llevarán mucho cudiao,
 que la bebia es mu mala
 y perjudica al estógamo;
 dinda las mesmas entrañas
 suelen angunos echar
 que gomitan dista el arma.
 A otros les dá la bebia
 por icir malas palabras
 y mover regulliciones,
 tremultos y zaragatas
 con tuiquios los lechubinos
 y lechubinas que pasan.
 Y como toas estas cosas
 tanto prejuicio nos cáusan,
 quiero que no us echeis más
 que un cuarto por la mañana,
 pa matar er busaniquio,
 de ese aguardente que rabia,

y es más juerte que las peñas
y sa pega á las entrañas,
y hace dar un resofrúo
dista ar lucero del arba.

Cuarto: Llevareis cudiao
los zagales y zagalas
dir bien espachaos á Murcia,
pa que allí no us entren ganas
“de arrimarse á las paéres
y fartalle á la ordenanza,;”
porque tengo que al vertirus
can ponío en una tabra
c' hay junto á la Catredal
en el cornijal dazaga,
un letreriquio que ice
que er que “la hace, la paga.

Quinto: Ûs hago sabeores,
pa si anguno lo inoraba,
que van á echar el intierro
é la Sardina que llaman,
en onde icen que salen
unas pantasma mu malas,
que llegan dista las copas
é las moreras más artas
y ar que pillan po elante
le estrocean las entrañas.
Luego se efisan los patos,
ezaga de las pantasma,
que son unos alimales

que van por juera del agua,
 pegando munchos sartiquios
 pa picalle á las muchachas
 y levantan los vestíos
 pa miralles las senaguas
 y ver si las llevan sucias
 ú si las llevan "bien blancas".
 Dimpués pasará er Burcano,
 encuvanao en su fragua,
 frojando aquellos rallo
 que icían que frojaba
 pa rematar los bultranes
 que en regullición andaban
 en contra del dios Jupitre,
 que era er paere de su arma,
 y él, á moa é güen hijo,
 á su páere le alluaba
 Tamién salirá er dios Faco
 é la bebía, que llaman
 los libros y las lcelandas
 é la religión pagana
 c' hace decinueve sigros
 que icen que se estilaba.
 Azaga va la Sardina,
 que la llevan pa enterralla,
 con muncho acompañamiento
 y con velas é bengala
 c' hacen unas luceciquias
 colorás, ferdes y blancas

y de milenta colores
que dá bustiquio er mirallas.
Pa remate é junción
pasará la Caballata,
que son muchos cherubitos
á caballo, y que se isfrazan,
los unos é Carlu Manus,
emperaor que jué é Francia,
aquer é los doce páeres
de que las lellendas hábran,
(ca los que semos leíos
naiquia se nus escapa).
Otros van de pustrillones
y mosqueterus y guardias,
y dista los relles magros
icen cogaño los sacan.
Con que estar aprecibíos
pa no quearus en babia,
cuando veais tuiquio eso
que paece asin cosa é mágica.

Abora, pa dalle fin
dinamente á mi suframa,
me resta solo que icirus
que vallais con mucha carma
y lleveis mucho cudiao
en no prenunciar palabras
remanentes á pulítica
ni que puean intrepetallas;
que están los é policia

con las orejas mu largas
 pa ver si se efara anguno
 y en la carcel me lo zampan,
 y me lo ejan que espiche
 sin que naide allí le varga.
 Con que he icho: juera é gromas
 que us vallan á salir caras,
 y en rematando la fiesta
 irus á güestras barracas
 à echalle un pienso á las festias
 y á escansar; pa en la mañana
 ponerus á regar crillas
 dimpués de regar la arfarfa.
 Y pa que nenguno dúe
 de que llo soy er que habra,
 firmo con tuiquia la juerza
 é la punta é mi vara.
*Yo, er tio Perete Chamorro,
 Arcarde c' agora manda.*

PEROLATA (1)

de JUAN PORRONES, alcarde perríneo de este partido
 á toos los avecinaos del mesmo.

CABALLEROS.—Cuando veo que los

(1) De D. Jo. quin Lopez 1879.

hombres se hacen piazos buscando gente que vote ar que quie ser deputao; cuando defiso que por mandar se reparten fostachones, pasteles y mistelas, digo llo pa mis adrentos: aqui llay alguna entruchá y er negocio tié basiles. Y digo esto, caballeros, porque son tantas las esazones, que llevo dinde que tengo en mi casa la vara é la justicia, que si á ser posible juera, me desagenabá de ella, por mucho menos tabi de lo que hizo aquel que vendió á su suegra, que al ser preguntao por uno: ¿Cuánto quie osté por ella?—De osté es, le contestó.

Lla sabeis las destrucciones que vengo dando tos los años, pa devitar las asnás que la gente borrachiza y otras llervas, suele cometer en perjuicio de las presonas que salen á divertirse ellas en estos dias de carrestolendas; tambien sabeis, que he pidío siempre obediencia á la moral y al cóigo en toas sus partes, castigando con juérza al que llevao de su arbullo y valiéndose de impróquitas despresiones, sa premitio trocear por algun puesto la honra de las zagalas. Pero lo que no sabeis, porque tavía no lo é icho, es lo que voy á icir abora, pa que veais si hay presonas que debían ir á presillo á arrastrar una caena por sus malas detinciones. Pos señor, es pus el clauso, que paece que un lechubino llamao Periquio Laenseña, junto con algunos otros se ifrazaron de osos con zamarra de borrego, en el año ca pasao; y pa su divertimento iban tirando higos secos com-

puestos con mecinas é botica, desas que aflojan er cuerpo: mas de cuarenta zagales les seguían al prencipio chillando: ¡aquí! ¡aquí!..... y con effeuto: allí jué; porque encima lo llevaban. ¡Maere mía y que tronio! Empezaron á aflojarse las clabijas ar guitarro, y aquellos no eran zagales, pos icen que en un menuto se gorvieron marraniquios, llegando dasta tar punto la cosa que cuando mi autoría intrevino en er negocio, no queaban mas que las sombras de angunos de los muchachos.

Y abora pregunto llo á los hombres de concencia: ¡Caballeros! ¿Se llama aquí devertirse er trocar á las presonas en estáutas ó teguras y hacer de ellas aletria? Pero no hay que dalle güeltas. O los hombres han perdido el cerebro de la cabeza, ó es que estan atacaos de truchina marrana, quó icir, que tién busanos, y busanos é meneuo; porque si esto asín no juera habría mas respleuto á la ley, las borlas del perráneo tendrían tóa la fuerza que deben tener en la vara; aunque juamos por las calles como nuestro paere Adán, naide se meteria con naide, ú to lo más y á lo sumo, solo nos preguntaríamos por la céula é vecindá.

Remato sobre este punto, porque estoy esazonao y el suor me cae á chorros: lo tengo icho otras veces y aboa mesmo lo remacho. Si golviera á remanecerse la mano negra, aquella de en tiempo é la morisma, tengo llo acá en mis adrentos, que habria quien haría con ella picaillo

pa pelotas, ó se la metería en la faja pa jubar él por busto á las purruchinelas.

En vista de cuanto llevo desinao y teniendo presente que á este negocio sa mester dalle un corte, prenuncio el siguiente:

B A N D O

Artículo 1.º Sabiendo que estos dias se escuergan en la zuida muchas manás de rateros, que con la suavida er flato se introucen en t. los puestos á dalles garrote vil á los relojes que encuentran, encargo á cualesquiera presona que coja anguno en el ajo, que lo eje escapar sin hacelle daño anguno; pero precurando siempre quearse con la mano imprenda, pa metella en aguardiente, por que icen que es cosa güena pa matar el busaniquio.

Art. 2.º Los amos de cafeses, pastelerias y fondas, y otras casas de bebia, harán por servir de varde á tuiquios los forasteros de juera, que de los pueblos vengan á las máscaras, teniendo estos impués el cudiao, antes de salir par pueblo, de pagar la c.enta al mozo, pa devitar hablaurias y mordeuras de conciencia.

Art. 3.º Las mujeres que pa tener atraitivo, suelen ponerse en partes que llo me callo, tuicas las carcetas viejas que han de echar á la colá, usando luego tamien de mirás prevocativas pa esa.

zonar al hombre y llevarlo á mala ráuta, han de tener mu presente que no vengan con pucheros pidiéndome indilugencia....

Art. 4.º Como en este año pasao murieron muchos zagales de sustos y alfercias al defisar el Infierno que llevaba los demonios, debo llo abora decir paque no halla regomello y que aconteja lo mesmo con otras creaturiquias, que tuiquios eran presonas, y que el del rabo más grande, icen que era er maestro Merlas.

Art. 5.º Encargo á tuiquios mis avecinaos que, antes de venir á estas junctiones hagan tener corriente las céulas y bolatines que llo ya les tengo daos, remanientes al amillonamiento, esclafando en ella dasta los latios que den los alimales en er dia, porque solo de esta moa habrá rebaja en las contruciones y saldrán á mucho menos tuiquios los que no sargan á más.

Remate. A fin de que los arguaciles, guardas rulares, vrigilantes y demás gentes que á mi autoría pretenejan, puedan vrigilallo tóo, sin prejuicio é sus presonas, en el memento defisen anguna riña, ó custión en que se repartan palos, bocaos ó puñalás, echarán mano á los sabres con tuiquio el aquer del ese, se quitarán los farrucos y apretarán á correr de la moa que lla saben.

JUAN PORRONES.



CUENTOS HUERTANOS

EL ARBOL PROHIBIDO

Antón Cerriche, vecino de la Herrera, tenía un geniazo que no le cabía en el cuerpo, y en cuanto á socarrón no había que pedir más.

Como el hombre había "melitao," y había visto á Cabrera á un tiro de escopeta, cuando volvió á la Herrera y tomó por su cuenta unas tierras de su padre, acequia de Barriomar por medio, se sentía cabo primero en lo de mandar y ordenar "dé ande diere," y á "Dios te la epare güena," como él decía.

Tenía en sus bancales las mejores higueras de la huerta, y una en particular era su orgullo mayor.

Daba el socorrido arbol unos higos de talón de muerto que eran cordiales, y unas brevas, sobre todo, que ya las quisiera el rey en día de repique gordo.

Inútil será decir lo que daría que hacer á Cerriche la custodia de su higuera predilecta, la cual desarrollaba su magestuosa pompa á la orilla de una senda, para mayor tentación de chicos y grandes que por allí pasaban.

Y á Cerriche se le había puesto en los picos de la montera que aquella higuera era el árbol "prohibio".

—El zagal ú la presona mayor que quiá brevas, ahí tié higueras pa escojer, pero de esta... ¡ni el emperaor de Céuta!

En fin, se dió el caso de que á su mujer, hallándose en cierto estado, se le antojó una breva, la más hermosa, por su puesto, del árbol "prohibio", y no hallaba camino de decírselo, temiendo que se enfurrunchara y echara el carro por el pedregal.

Una mañana, la mujer de Cerriche, perdió el "regomello", y dijo á su marido lo del antojo.

Cerriche se rascó el cogote, se mesó el pelo hácia la frente, meditó sobre el peligro de que "lo que habia de venir", pudiera sacar la breva deseada y dijo á su costilla mirando á la higuera:

—¿Acuála?

—Aquella, miála—dijo la mujer.

—Güeno, pos déjala que maure.

Y no se habló más.

*

Esto ocurría un domingo.

En las Puertas del Mercado, vivía por aquel entonces un maestro sastre, conocido vulgarmente con el remoquete de *El maestro Pajuela*, nombre debido al color de su rostro enfermizo y á su contectura encienque.

Y por qué no aquella tarde, después de comer, se le ocurrió á Pajuela dar un

paseito por la huerta. Anda que te anda, el buen sastre dió con sus piernas en la Herrera.

Lo demás ya lo habrán adivinado los que no conozcan la ocurrencia.

Pajuela entró en la senda de Cerriche y se quedó con la boca abierta ante la prodigiosa higuera y su exuberante fruto.

—¡Vaya una breva!—exclamó mirando la más hermosa de aquella rica colección.

Y acompañando la acción al deseo ¡zás! le dió un bastonazo y cayó la breva.

*

Más de la mitad llevaba engullida Pajuela, cuando Antón Cerriche, que había entrado á dar una vuelta á las novillas, apareció echando chispas por los ojos y acariciando una gruesa vara de almendro.

—Olla osté, güen hombre. ¿Ande ha cogio osté la breva?

—De esta higuera.

—¡Máere mía! ¡La que icía Sunción! ¡Pos á ponella ande estaba!

—Dispense V., pero...

—Ná, ná, ¡á corgalla!—decía echando atrás el armado brazo como disponiéndose á romperle el espinazo al pobre sastre.

—Quiere decir que si vale algo se paga y en paz. ¿Qué vale la breva?

—Como valer vale un Perul, pero pa

escarmiento vá osté á darme diez reales.

Y tira de aquí, tira de allá, el maestro Pajuela, no halló más medio de escapar con la espina en su sitio que entregando diez reales á Antón Cerriche.

El huertano se quedó refunfuñando y Pajuela se volvió á Murcia diciendo:

—Pues señor, buena breva ¡pero cara!

*

Trascurrieron algunos meses,

Un jueves vino Anton al mercado y se compró tela para unos pantalones, prenda que solía usar los domingos desde que se acostumbró á ella en el cuartel.

Con el lío de la tela en la mano entró en una sastrería de las Puertas del Mercado.

—Dios guarde—dijo mirando al maestro con interés y como diciendo para sí. —Me paece que esa cara la he visto en alguna parte.

—Y á V. tambien—contestó el maestro, que á la sazón tomaba las medidas á un niño como de nueve años.

—Aquí trayo esto pa que lo corte osté, maestro. Si pué ser, de contao.

—¿Pantalón?

—Calzones, si señor; y si osté quiere me aspero.

Y Pajuela, aturdido, dejando á medias la operación de las medidas del muchacho, comenzó á tomárselas al tío Antón, diciendo mentalmente:

—Con la vara te mediría yo las costillas, ¡so bruto!

Sin revelar su enojo, el sastre tiró varias tijeretadas y en dos por tres despachó á Cerriche diciéndole:

—Catorce reales.

—¡Mecate en crillas!—exclamó Antón.

—¡Cuando yo digo que esta cara la he visto en otra parte!

Antón acababa de reconocer al churubito de la breva, y se contentó con decir, mientras echaba mano á la faja y tiraba de la manilla:

—¿Ni un chavo menos?

—Catorce reales—contestó á secas el sastre.

Puso Cerriche los dineros sobre el mostrador, se apretó la faja y cogiendo el corte, salió diciendo socarronamente.

—Valla, quéoste con Dios.

*

Al mercado siguiente y cuando menos podía Pajuela esperar la visita del huertano, apareció este en la sastrería con el lío de la tela y espetó la siguiente repalandoria:

—Maestro: que una presona le cobre á otra diez reales por una breva... pué pasar. Que otra presona lleve á un probe catorce reales por cortalle unos calzones... tamién pué pasar. Pero que en vez de calzones hayan salío dos fundiquías pa er paraguas... jeso ya no pué pasar!

El maestro Pajuela se puso verde, y

comprendió al momento lo que había ocurrido. ¡Con las medidas del muchacho había cortado el pantalón de Cerriche!

Quiso el maestro dar una explicación, pero Cerriche, con el lío en la mano, tomó la puerta diciendo:

—Tuiquío eso son cantamusas. ¡Sa rematao!

—Pero... escuche V.

—¡Que no ascucho, ea! Cuando osté quiá brevas, ya sabe ande vivo.



EL CUERVO VIEJO

Poeñor, estos eran un cuervo y una cuerva, que vivian arrenjuntaos en familia, como quien toma estao poezaga é la ilesia.

Este matrimonio tenia su vivienda, sigun el tío Apretones en la Cresta er Gallo y sigun Facorro Horquetas en lo último é la Piná é la Luz.

Pero, como icia el otro: Sea ande jue-
ra y anda palante.

Los dos cuervos habian hecho un nío en una covachuela, y de la noche á la mañana se arremanecen dos crias, ú dos cuerveciquios.

Poeñor; er cuervo al sintirse páere, to era hacer aspamentos, y la máere aunque ar prencipio tenia cochura como si juá hecho argo malo, luego se queó tan fresca.

—Abora, icia er cuervo á la cuerva, hay que traelles tos los dias la pitanza á estos alimaliquios, porque si no, armarán una chillariza é mir diablos.

—¡Probetiquios, pos lástima juera!—
icia ella.

Y luego que se los dejaban encobanaos en er nío entre esparto y cerriche seco pa guardallos de la helá, salía ca cual á buscarse su Máere é Dios.

En tanimientras, como quiá que toas

las noches lo mesmo er páere que la máere, traian pertrecho é pico pa dalles á las crías, estas aunque culones tavía, iban echando juera la robinera.

Pero como no hay dicha duraera en er mundo, pasó que un cuervo viejo que andaba préfugo y con mas hambre que un cabo é realistas, aprecibió del negocio, comenzó á echar cuentas y á icirse pa su ese.

—Yo soy un próbetiquio viejo; estoy más perdido que Chanele; me fartan las juerzas pa ir á la Rambla er Sordo á estrocear carne; y er mejor dia espicho sin decir Dios y picúa .. ¡C' hago yo abora!

Y jué y se metió en la covacha y cogió con er pico á uno de los cuerveciquios, se lo sacó juera y lo echó á rular por un ramblizo, ande no lo esfisaran los páeres cuando gorvieran.

Poeñor; como er cuervo viejo estaba lla más esplumao que un contribullente, aunque sea malo señalar, se arrencujonó en er nío con el hermaniquio er defunto, y dijo: ¡Aquí me las den toas!

Güerve á la noche el matrimonio, ú los amos de la vivienda, y er cuervo viejo se encorvilla pa hacer poco burto.

Y dice la cuerva:—¡Angeliquios de su máere! Que estarán arrecíos de la helor y traspillaiquios é nesecidá!

Entòces los que estaban en el nío abrieron los picos, como iciendo:

—¡Qué hambre hace, caballeros!

Y ensiguía comenzaron á metelles comía en la boca; y el cuervo viejo sin di-

cir pío ni resollar juerte se iba llenando er buche con más ese que un páere prior.

Y así pasaron muchos días, y er cuervo pequeñiquio iba espumando y echando pluma, mentres que el otro, ú sea el joveniquio fengio, seguía escuchimizao.

Er páere solía icir: "Maravilla será que este virote de alimal no entregue la pelleja. ¡Si parece que está ético!

—¡Vaya que sí!—respondía la máere. ¡Miálo al otro qué regüen mozo! Pero este probe no echa luz.

—Pos er cúdio es er mesmo. ¡No lo compriendo!...

Y á tó esto er cuervo viejo, allí quieteciquio comiendo á la sopa boba y sin pasar trebajos.

Poeñor... Que anda que te anda se presenta una época que no había ni una mala cenahoria que llevar á la covacha; cuantimemos alimales muertos, y no había collentura nenguna pa aligenciarse ná.

Y allega una noche en que jueron de vacío pa la cueva los dos cuervos, y mentres que el cuerveciquio jóven andaba tan retijante y esparpajao, el cacildrán del otro abría el piquiquio como si estudiá ambustiao de hambre.

La maere ice entonces, echándose un ala pa la cara, como si juera á enjuegarse una lágrima:—¡Probe hijiquio de mi arma! Como la huerta está perdía de remate, las presonas no dejan un grano en los bancales. Los aflegiores arremeten

con er bollo que sacan de los hornos; en er cujón de la manta se llevan los melones; los gorriones y las perputas se comen er trigo de las eras; las higueras martinencas no dan abasto á la enfenetú é zagales traspillaos que andan á la enza é la golosina; los amos arrepietan ar que cautiva siquiá un piojar pa que les lleven brevas y clavellinas; las parras son un nío de obispas... y pa rematar, que hasta en los montones de istiércol no se ve un busano mona.

El cuervo viejo olló tuiquia la retólica sin hacer movición ni prenunciar un quejío, y er páere dijo:

—Pos tó lo que ice tu máere es pa icirte que esta noche no hay poande echar.

—¡Máere mía er Cármen!—ijo aboniquio el cuervo viejo—¡Abora sí que me lan metío!

Y como la otra cría se la gobernaba sola y salía á la sierra y siempre escarcuñaba ambuna cosa, toa la aflicción de los páeres era por aquel probetiquio que no aleaba ni miaja.

En estas y las otras allega una noche y er cuervo viejo no podia dar el resuello de hambre y sintia una puncha en el estógamo como si tuviá sangrijuelas rolléndole las tripas.

Y er páere y la máere no habian percanzao ni siquiá un güeso de abercoque.

Y er cuervo viejo venga é dar quejíos y decir: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

—¿Que hay?—Pos eso es, que no hay—

icia er páere é familia, haciendo pucheros.

—¡Si este probe hablara como el otro! —añidia la máere... sabriamos ande tenía er mal.

—Pos ¿ande ha é ser? En la barriga.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

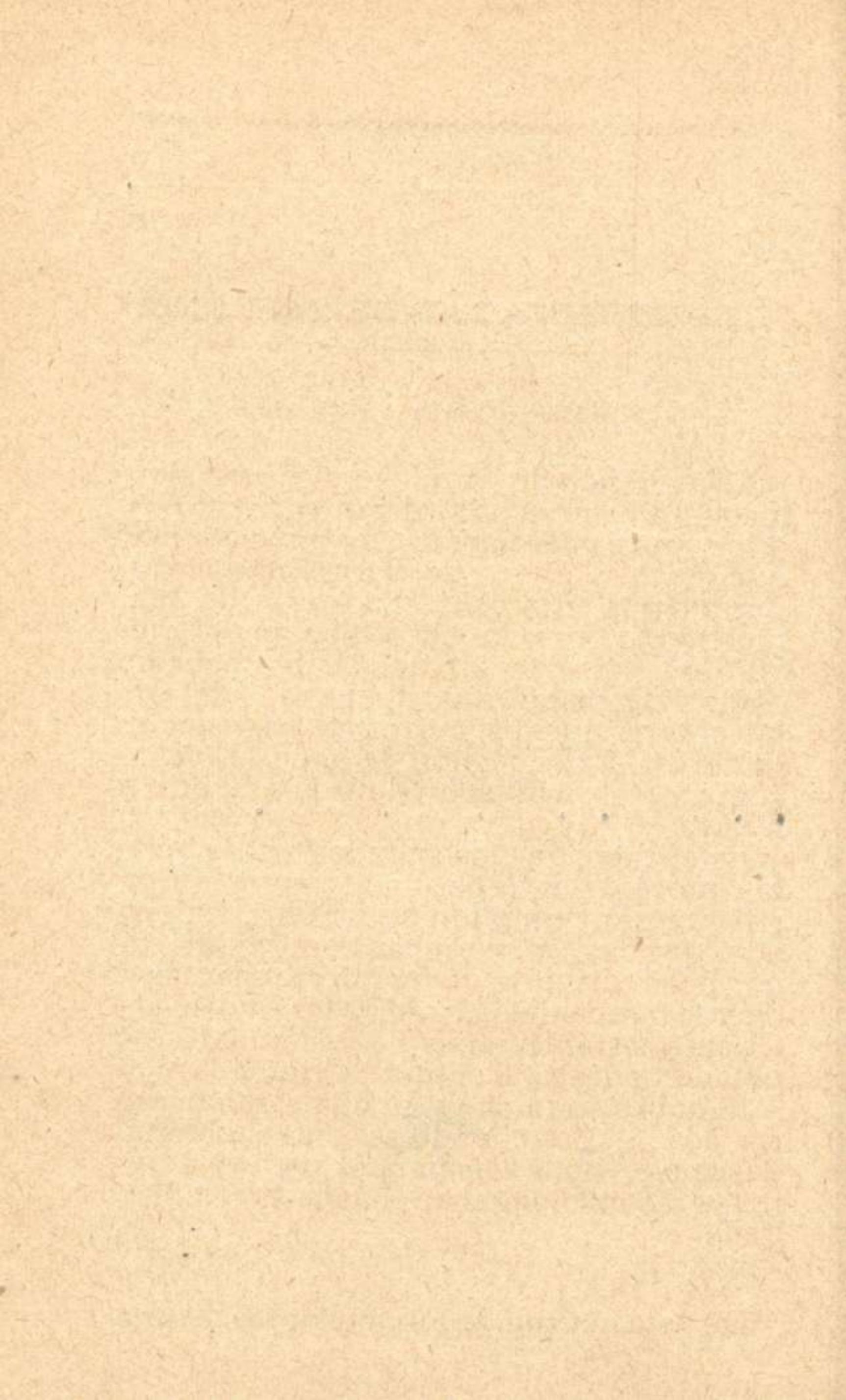
—Mira—ijo otravez er páere—¡Tuiquio es devano! La huerta paece una sávena disierta y ni en la Herrera quea un mal tomate.

Entóces, er cuervo viejo, que se vido cerquetiquia de dar las boqueás, perdió la retentulia y orviándose del superflugio que había enreao pa echar la vejez jue-ra, prenunció estas palabras alargando el cuello y con tono aflegio:

—*¡En la Urdienca hay nispolas!*

Allí se remató tuiquio. Como se vido el engaño, er cuervo viejo murió de un bufío en la rabailla, y la máere, cuando supo la trijedia der cuerverciquio, de la esa que le dió, se estrelló los sesos en la paer.





LAS SERENATAS DE ANTAÑO

A D. Manuel Martínez Espinosa

La vivienda de Juaniche el Cardo pertenecía á Churra por los cuatro vientos, y á los mozos del partido les parecía mal que los del Cabezo de Torres roncearan por allí á la enza de la hija mayor de Juaniche, que era una clavellina temprana.

A la verdad, la barraca de Juaniche no estaba tan distanciada del partido del Cabezo para que los mozos se pararan en linderos. Era cuestión de treinta ó cuarenta varas más allá ó más acá, y en la huerta no hay murallas.

Es el caso, que los sábados en la noche los mozos del Cabezo cojían una guitarra y algun "timpliquio, ú cítora", según las leyendas, y se amparaban en un cañar poco distante de la puerta zaguera de la barraca del Cardo, y los mozos de Churra establecían su campamento en el lado opuesto, frente á la vivienda.

El pobre Juaniche y su hija estaban entre dos fuegos cuando se entregaban al descanso, no á dormir, porque las serenatas se prolongaban hasta la madrugada.

*

De esta actitud de los rondantes de uno

y otro partido, surgieron una noche las coplas de picadillo, que siempre acaban en lluvia de estacazos.

Decía el cantor del grupo del cañar:

Tiene Juana el corazón
igual que una piedra viva
y lo tengo que golver
de manteca derretía.

Los de Churra coreaban con relinchos la copla y enseguida salía uno de ellos con esta otra:

El que ha cantao esa copla
no sabe lo que sadicho,
porque la miel no sa hecho
pa engordar á los cochinos.

¡Ajujú... jujú! contestaban los del cañar, y seguidamente improvisaba la réplica el cantor de tanda:

En este cañar me paro
y aquí planto mi bandera;
si alguno tié que icir algo
lla está saliendo pa juera.

Contestación al canto del grupo enemigo:

Esa copla que has cantao
no las debio cantar,
porque me duelen los higaos
de echar gente al hespital.

Los últimos ecos de la copla los apagó el "balamío," de las dos huestes al encontrarse y sacudirse sendos estacazos.

Entonces apareció Juaniche en la puerta de la casa, con una escopeta y gritó:

—¡Tuiquios presos!

Como si hubiera dicho: ¡Ca uno á su casa! Aquello fué un espante general.

*

A la mañana siguiente se presentó Juaniche en casa de su amo, en Murcia, y le dijo:

—Pa devitar custiones y trimultos que puén acarrear muncha sangre y el perráneo. En el partío andan traspunchaos los zagales. Llo y mi zagala estamos sensatos asperando una trigedia. Siendo llo perráneo to sa rematao. Abora osté haga lo más comeniente.

Dos dias después el Cardo era perráneo, y al siguiente pegó en su barraca con pan mascado un bando que, entre otras cosas, decia:

“Tuiquio el que ponga rétulos en las viviendas fartando al honor de las presonas, será zampao en la cieca, ande premanecerá cabeza abajo dista que con las patas desinúe que le vá fartando el resuello.”

“San rematao las serenatas por la noche. El que tenga que icir algo á anguna zagala del partío, que se lo iga sin andróminas y sin cochura, y al que le den calabazas que se meta á pelegrino.”

Como no todos los mozos se enteraron del bando, el sábado siguiente se repitió

la fiesta, y aún no se había "clisao," el perráneo cuando oyó cantar:

"La zagala que yo quiero
tié que ser pa mi presona...

¡Cachucha!—exclamó Juan dando un salto y acabando así la copla desde la ventana:

Y yo te meto en presillo
por cepa y por mala boca,"

Pero cuando el pedáneo salió, ya estaban enzarzados nuevamente los mozos del Cabezo y los de Churra.

Fatalmente se cumplieron sus augurios. Junto á su barraca había caído herido en la lucha, de un tremendo palo, uno de los rondantes.

La primera operación del Cardo fué ponerle unos paños de agua y vinagre al herido y después encerrar en la pajera á cuatro ó cinco mozos de los de la cuestión.

En cuanto amaneció, condujo al hospital al herido y puso á los detenidos á disposición del alcalde mayor, dando el siguiente parte:

"Los mozos que van apuntaos abajo son los que armaron la zurraera.—Yo el perráneo,"

Aquella misma tarde, un veredero municipal, entregó á Juaniche un oficio del alcalde mayor, que decía:

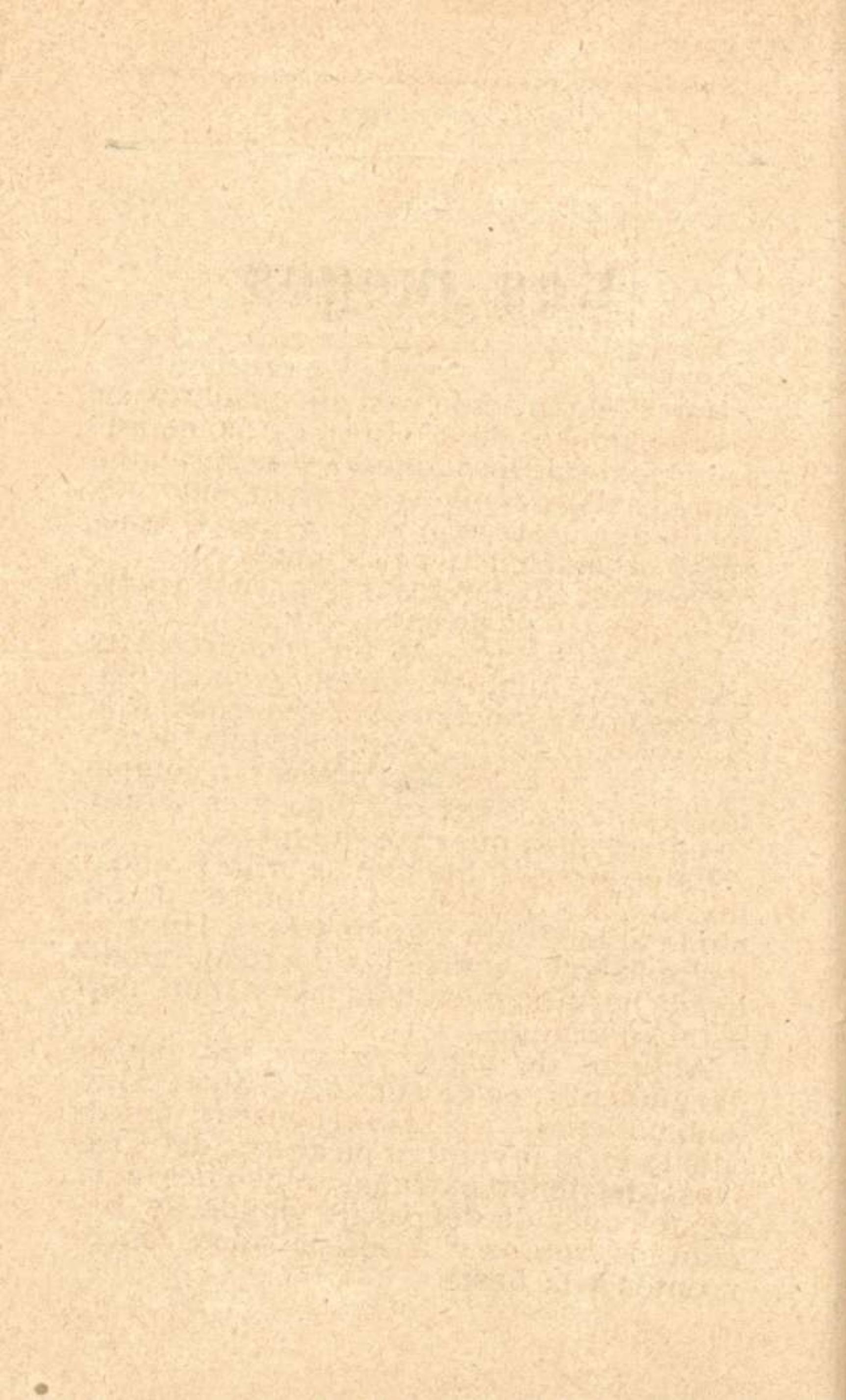
—Sr. Pedáneo de Churra. El juez se extraña de que con los presos no haya venido el atestado, como es de rigor.

Y el pedáneo contestó en el mismo oficio.

—Le juro á usía por la salud de mi Juana, y lo aclaro con sangre si es mester, que en este partío ni habita el Atestao ni hay quien conoja semejante presona. He dicho.

JUANICHE.





Los juegos

Han desaparecido casi en absoluto de las costumbres de la Huerta, las representaciones de los llamados *Juegos*, unos como pasillos cómicos, que han sido regocijo de nuestros huertanos en el trascurso de muchas generaciones.

Por suerte ó por desgracia, en la Huerta lo que cae ya no se levanta.

Los *Juegos* son ya un recuerdo. Es verdad que también van cayendo las barracas, que eran el teatro de estas fiestas, y van desapareciendo aquella sencillez y dulzura de costumbres tan compatibles con estos recreos inocentes á que se entregaban nuestros mayores.

Estos *Juegos*, aunque de origen andaluz, muchos de ellos, se adaptaron de tal modo al lenguaje y gustos de la Huerta, que quedaron huertanos del todo, modificada hasta la mezquina trama con que estaban urdidos.

Algunos de estos *Juegos*, no tienen "argumento," en el sentido teatral, sino solo un lema, y el *quid* consiste únicamente en la inventiva picaresca del gracioso, haciendo extrañas alusiones á la gente conocida del paraje donde se hacían los *Juegos* y á los mismos concurrentes á la fiesta.

Solían hacerse los *Juegos* como entremés del baile de parrandas, jota ó mala-gueña, y estaban encargados de su ejecución los *manates*, que eran unos cuantos en cada partido, algunos sin instrucción ninguna, aunque maldita la falta que les hacía para aprenderse los papeles del reparto, como se verá después.

En algunos de los *Juegos*, la musa libre del gracioso se dispara con un lenguaje harto crudo, pero estos desbarros, entre aquellos espectadores, no tenían malicia, aunque no carecieran de picardía.

Y esto les absuelve de lo que pudiera juzgarse de irrespetuoso con las cosas más respetables. La intención es la que daña ó salva, y en los *Juegos* no había más intención que la del inocente recreo.

Aunque infinitos en número estos *Juegos*, publicaré solo algunos, pues conocidos estos, se adivinan los demás.

De la fidelidad en la narración de los juegos *El Médico* y *El Caballero particular*, podría responder persona competente, como lo es, y mucho, el amigo á quien debo la referencia. La otra parte es narración casi textual del huertano *Paquele*, uno de los *manates* de más nombradía en la Ermita de Zarandona y sus contornos.

Cualquier murciano que haya traspuesto ya la mitad de la vida habrá presenciado los *Juegos de la Huerta* (y también de nuestro campo y de la huerta de nuestra hermana Orihuela), pero

nuestros hijos no podrán decir otro tanto.

Y como un libro, por malo que sea, siempre vive más que su autor, tengo para mí que algunos murcianos de buena cepa, admiradores de nuestras *Cosas de la Huerta*, leerán dentro de treinta años con gusto el pobre rastro que de su existencia deja en estas páginas este mísero mortal que les precedió en el camino de la vida.

PRELIMINARES

La tía María Pepa estaba en un aprieto. Su hijo Paco se había declarado á María, la hija del tío Juan Ferisneas, (1) buena zagala ella aunque corta de genio, ó *una miaja encogía*, según la tía María Pepa, causa por la cual, aunque vecinos del mismo partido, no había estrechado relaciones, no solo con María, sino ni con sus padres el tío Juan y la tía Juana. “Adiós y vaya osté con Dios,” y pare usted de contar.

Digo que estaba en un aprieto la tía María Pepa, porque su Paco (en la casa, por desgracia, no había más hombre que él) tenía empeño en llevar á su madre aquella noche (era domingo) á casa de su novia, á pretexto de celebrarse *Juegos*,

(1) Corrupción de Fresneda.

fiesta que solía servir para estrechar distancias, y allí, en los *Juegos*, que se vieran y se hablaran, ya que mañana ó el otro... ¡pues!

Ello fué que tira de aquí, tira de allá, la tía María Pepa accedió, y cuando entraba en la barraca del tío Ferisneas, la gente, que ya era mucha, aunque el baile estaba al romper, miró á la tía María Pepa, miró á su zagal que la acompañaba, miró á María que les guardaba dos sillas, y á nadie se le oscureció que la fiesta estaba dedicada á la tía María Pepa, futura suegra de María la del tío Ferisneas.

El ruido de la música que empezaba, ahogó los cumplimientos de María Pepa y la tía Juana y el cuchicheo de las demás parejas amorosas que trataban de aquel negocio importante.

Son tres los músicos. El que toca la guitarra, el del *timple* y el de la *citora*.

Vá á dar comienzo el baile de las *parrandas*, en que toman parte todas las mozas convidadas, porque el ama de la vivienda cuida de que no se olvide á ninguna para evitar luego resentimientos.

Los músicos tiemplan los instrumentos, las parejas quedan organizadas, empiezan las mozas á arreglarse las postizas en los dedos juguetones, y de pronto rompen estas su alegre *chas*, *charracachás*, *cachás*, *chás*; salta la copla de labios del "cantaor", que alza la cabeza y se engalla haciéndose el interesante y se arma el baile.

Cuando este está en todo su fuerte entran los *manates*, saludan con el consabido "Dios guarde á ostés, caballeros," y el tío Juan les invita á que pasen á la cocina, pieza que separa una sábana ó cobertor del resto de la vivienda, cuando nó un lienzo de zarzos.

—Muchachos, les dice el tío Juan. La tía Juana ha puesto aquí en la mesa esto pa que tomeis un bocao y un trago é vino y alegrarse un poco como el negocio requiere.

Los *manates*, no se hacen de rogar; se acercan á la mesa y en ella encuentran longaniza, blanco, olivas, higos secos, pan y vino, y en un decir Jesús queda la mesa limpia y el porrón vacío.

Tomado este tente-en-pié, el más antiguo de los *manates*, que suele ser el gracioso, piensa el Juego que se vá á hacer, porque ya el baile se prolonga demasiado.

Se acuerda hacer el "del Médico," y en seguida se reparten los papeles para representarlo.

—Tù—dice el gracioso á uno de los *manates*—harás el médico. Tú el padre, tù el hijo y yo el mozo.

Hecho el reparto de papeles, sale un *manate* con una escoba, corriendo y dando escobazos, y dice:

—Fuera de más baile. Esto es un escándalo. No piensan ostés más que en divertirse y no sacuerdan de los nesecidades que hay poaquí.

Y sigue luego:

Poeñor: aquí no hay médico, y como es cosa que hace muncha falta, voy abora mesmo á traer uno pa que cure á toas estas zagalas, que están mas enamorás que los pájaros, y aemás lo que se presente.

Esta relación hace parar el baile. Cada cual toma asiento donde puede y todos se disponen á presenciar el juego, dejando algun espacio entre las dos largas filas de los espectadores.

EL MÉDICO

Se retira el *manate*, concluida esta relación, y vuelve al momento acompañado del *médico*, que se distingue de los demás porque lleva chistera; su criado, que saca la cara empolvada de harina y por distintivo una camisa de hombre puesta al revés, con los faldones fuera.

Hay una silla preparada en donde el médico toma asiento con toda la gravedad que requiere el caso.

Desaparece el que hace de guía y en el momento de quedar solos médico y criado, aparece un *manate* que desempeña el papel de *Padre*, que inicia el siguiente diálogo con el mozo.

—¿Vive aquí el señor *mico*?

—El señor médico, dirá usted.

—Si señor, el señor mediculo.

No, hombre, no, el señor Médico.

—Bueno. El médico ó como se llame.

—Si señor, qué se ofrece?

—Hombre, que.....

—Quítese osté el sombrero.

—Güeno. (Se lo quita). Que á mi hijo.....

—Para hablar, póngase osté el sombrero.....

—Cüeno. (Se lo pone).

—No, hombre, no; se lo pone osté debajo del brazo.

—Bien, vos queria hablar con el señor *mico*.

—No señor, con el señor médico.

—¡Calcetas! ¿Nos vamos á entender ú nó?

—Sí señor. ¿Que es lo que osté queria?

—Hombre, yo deseo ver al.....

—Médico

—Si, al médico, porque tengo un zagal al que le ha mordió un perro rabioso.

—Pos el caso tié pelos; pero pase osté y dígaselo.

—Señor.....

—Señor médico. No vaya osté á meter la pata.

—Señor..... médico, yo tengo un zagal y el probe está en un ¡ay! porque le ha mordió un perro rabioso; y como me han dicho que aquí hay un mi..... mi..... médico, que cura tó lo que le enseñen, queria que él le enseñara á osté... vamos, la hería, y lo curara, si pué ser.

—¡Sí señor! Tráyalo osté que lo curaremos.

Terminado este diálogo, principia el padre á llamar al hijo con los nombres de

Estripapanes, Rompecócios, etc. etc; y este aparece llamando á su padre, con unos gritos desesperados, hasta que se presentan ante el médico padre é hijo, este quejándose amargamente y aquél dándole ánimos para que el médico vea lo que tiene.

Al llegar hasta el médico, el enfermo, que verdaderamente no puede andar, porque en la pierna le han puesto toda la ropa que han encontrado, como son la manta del tío Juan y las de los *manates*, todos los trapos de la tía Juana, el coberter de la cama, los cabeceronos, la repisa y la "sábena de corgar", todo ello sujeto con la soga que la tía Juana tiene muy guardada para tender ó secar la ropa, le cede el doctor la silla para que se siente, y se dispone á reconocer la herida.

—Vamos, hombre, un poco de paciencia y ánimo, que no será tanto—dice el médico puliendo algo el lenguaje.

—¡Ay! ¡¡Ay!! ¡¡¡Ay!!!

—¡Pero, hombre!

—Señor médico, ¡que es mi hijo!

—¡Ay!

En esto principia el médico á desatar la soga con todas las precauciones que puede; porque el paciente se queja á grito pelado. El criado ayuda á su amo en todas estas operaciones.

Y despues de muchos gritos del enfermo, muchas advertencias del padre y mucho hacer aire con el faldón el criado, el médico termina su tarea de quitar tra-

pos, reconoce escrupulosamente la piedad, y exclama con asombro:

—Pero, hombre, ¡si aquí no hay gorpe ni heria!

A lo cual contesta el muchacho, poniéndose de pié y en actitud de echar á correr:

—Pos, entóces... sería que no me mordería!

Y se retiran los *manates*, á disponer otro juego, mientras las postizas repiquean nuevamente y se reanuda el baile.

EL CABALLERO PARTICULAR

Hecho el consabido reparto de papeles y cuando se ha bailado un rato, aparece en escena el de la escoba y dice:

—¿Pero es que aquí naide hace caso de lo que yo mando? ¡Pos hombre! Que está uno arreglando al mundo y ostés no piensan más que en dar busto ar cuerpo. ¡Cá uno á su puesto!

Se acaba el baile. Desaparece el *manate* de la escoba y se presenta el *Caballero particular*, cuya cabeza cubre la abollada chistera que antes lució el *médico*. Y dice el caballero:

—¡Qué hermoso es este piazo è huerta! ¡Qué bien se vive aquí! Yo, que soy un caballero sólo y tengo muncho dinero, me queaba en este paraje si encontrara un mozo que juera listo.

Al terminar este monólogo sale un

nuevo personaje, tropieza distraído con el caballero y exclama:

—Ca cochino á su camino.

Y dice el caballero:

—Ca alimal á su bancal.

—Pero, hombre, ¿qué estaba osté diciendo?

—¿Y á osté qué le importa?

—Caballero, me importa y no me importa, es un decir, me importa porque á mí me páece que tengo lo que osté necesita, y hablando se entienden los hombres. ¿Osté no estaba diciendo que necesita un mozo?

—Sí señor.

—Pos yo tengo un zagal que lo quió poner á servir y es más listo que Cardona.

—Pos, mire osté, á mí en siendo listo, aunque tenga tos los defertos, me aprovecha. Tráyalo osté y veremos su planta y si me gusta...

—Voy por él ahora mesmo.

Y comienza el padre á llamarlo con los mismos ó parecidos nombres que en el juego anterior, hasta que el hijo dice, desde la pieza separada.

—¿Qué quiosté, páere?

—Que vengas; que te voy á poner aboramesmo ó servir.

—Páere, que yó no se sirval.

—No, peazo de asno. Á servir.

—Yo no quiero servir, páere.

—Anda y sal, que yo sé donde te voy á poner.

Y aparece el hijo (que en este juego es

el que saca la cara empolvada y la camisa encima de la ropa).

—Páere, que yo no quiero sirbar.

—No seas burro, y calla.

—Páere, que no callo.

En esto se presentan padre é hijo al caballero y dice el primero:

—Este es el muchacho que le he dicho á osté.

—No tiene mala planta,—dice el caballero.

—Miá que mala planta!—dice el mozo.

—¡Si viera osté que tres nabicoles van á salir de los holliquios que hice en la armajara!

—Tú cállate callao—exclama el padre.

Si este caballero lo ice atento é tu persona.

—¡Como icía planta!

—Güeno, pos...—agrega el padre—el zagal, como osté ha visto es espavilao, pero, sobre tó, pa hacer mandaos, es una ardilla. Y si no, abora cuando yo me vaya, osté lo verá.

—Es que se vâ osté, paere?

—De contaos, hijo.

—Pos si osté se vá... yo no me queo.

—Tú te queas con este cabailero, que pué ser tu suerte.

—Páere, si es que yo estoy aquí y estoy allí, porque estoy aquí y estoy pensando en la sémola que sa queao haciendo la máere.

El padre se va; el mozo lo llama á grandes voces y el caballero le consuela y agasaja como puede.

Cuando se tranquiliza el mozo, el caballero dice que hay que disponer el almuerzo y lo manda á la torre de Alburquerque á que le vendan un par de pichones.

—¡Pero volando!—le dice dándole dineros.

El mozo sale corriendo y vuelve al momento "useando", con el faldón y pregunta al amo:

—¿Han venio ya?

—¿Quién?

—Pos los pichones.

—Pero ¿no has ido tú á mercarlos?

—Sí, pero como ha dicho osté que los trujera volando, los eché á volar y los venía useando.

—Pos, hijo, échales un galgo! ¡Bien decía su paere que eras una ardilla! ¿Tú sabes ánde está la Carnicería?

—Me páece que sí.

—¿Tú sabes ánde está el Puente?

—El Puente... el Puente, me páece que está encima el río.

—Pos pasa el Puente y tomas pa San Pedro y allí está la Carnicería (1). Verás que entra muncha gente. Tú entras también y te pones cerca del que espacha la carne elante una mesa grande y le pides dos libras de costillas.

—Voy de contao.

Desaparece el mozo y momentos después entra de nuevo jadeante, y dice:

(1) Demolida hace pocos años.

—¡Ay, amo de mi arma! ¡Por poco si güervo vivo!

—¿Qué te ha pasao? ¿Y las costillas?

—¡Calle osté por Dios! Si las trayo es por milagro.

—Güeno, primero trae las costillas, que con unas cosas y otras el almuerzo no se hace.

—Pero si no trayo más costillas que las mías.

—¡Poeñor, con razón decía su páere...!

—Pos verá osté. Yo pasé el Puente....

—(Pa presillo había é ser).

—Siguí por una calle estrecha y allegué á una placeta, que sería... como la era del tío Perfollas.

—¿Y qué?

—Pos ná; que vide que tó el que allegaba se metía en una casa grande, que á la cuenta debía estar en alto, porque tenía cuatro portales, uno encimiquia el otro.

—Pero... las costillas?

—Tóquemelas osté. ¡Si le digo que las trayo por milagro! Pos... vamos, que entro en la casa y vide muncha gente y me juí pa cerca de una mesa grande que había allá. Luego salió un hombre que yo me feguro que sería el que espachaba la carne. Delante salió un zagal pequeño vestío de morciguillo, con un faldon largo más negro que la basquiña de mi máere. Su páere (porque allí decían: "Ya sale el páere,") iba en mangas de camisa, pero con un mandil que era lo mesmo poalante que poatrás; llevaba un cordel arro-

deao y en el brazo la honda pa tirar piedras. Se puso allí á trastear pa arreglar la carne y cuando ya iba á empezar á espacharla, se güerve, junta las manos, me mira y dice: "¡Que maten al Morico!, ¡Maere mía! Como á mí cuando era peñiquio me icían el Moricc, salí corriendo antes que me echaran mano y me estrocearan las costillas. Toque osté, y verá como las trayo en su sitio.

—¡Válgame Dios y que astrucia, hijo! ¡Y aún ice tu paere que eres una ardilla! Mira; á la cuenta, donde tú has estao es en la iglesia de S. Pedro; ese hombre que ha salío es el cura que iba á decir misa; el cordel es el cingulo; el mandil es la casulla, y la honda, piazo de asno, es el manipulo. El zagal es el monecillo y lo que el cura decía no era que maten al Morico ni á naide, sino "Dominus vobiscum," pa que lo entiendas.

—Pos, mioste,avía me dura la temblorina.

—Ven acá, hombre. Vas á ir más allá de esa iglesia, al regolver, y allí está la Carnicería. Por más pronto, te vas á traer una asaúra.

—Voy aboa mesmo escapao.

—Oye: cuando la compres dices que te den una receta pa hacella en chinfláina.

—¿En chiflaura?

—En chinfláina, hombre.

Se marcha el mozo y al momento vuelve riendo que se las pela, pero sin la asadura y con un papel en la mano.

—¡Mi amo, mi amo, lo que nos vamos á reir!

—¿Con qué?

—Con la asaura.

—¿Pero donde está?

—¡Toma! ¿yó que se ande está? Pero y esto que tengo en la mano, (enseñando el papel) cuánto vale, pa que nosotros nos rillamos.

—¿Pero y la asaura?

—Pos verá osté: yó allegué á la Carnicería y la compré. Le dije á la mujer que me la vendió que me diera una receta pa saber cómo se guisaba en una cosa como chalaura; y entrenimientras me la daba, se juntaron al lao mio muchos perros; y yó ¿qué hago? Con un cordel ato la asaura á la cintura y la ejo corgando; empuño el papel con toa mi juerza, alevanto el brazo to lo que puedo y salgo corriendo.

Cuando allegué al puente vide que los perros me habian quitao la asaura, y dende entóces me estoy rillendo en pensar que el perro, como no sabe ande vivo yo, tié que venir á preguntarme cómo se guisa, y yo que soy muy picariquio, entóces se la quito y se hace la treinta y una é mano, porque me la he traio á mi casa.

—Sí, hijo, ese papel te sirve pa algo, que tó no han de ser tormos, y lo que es el perro, ya viene de contaó.

—¡Ya lo creo! ¿No ve osté que sin la receta no pué hacer ná?

—Ven aquí, alimaliquio. Echa á correr y compra un par de güevos, porque si

no, me güervo á mi tierra, y no páesco más por aquí.

—Güeno.

El mozo va por los huevos y vuelve al momento con los dedos chorreando y dice:

—¡Chupe osté, mi amo, que se cae toa la llema!

—Pero, hombre, ¿que has hecho?

—Por abora verá osté. Estaba el tío Habichuelas sentao en la puerta é su barraca, y al pasar yo... no sé como icirlo... se ha ejao escapar un ese con un rumorciquo, que la tía María Antonia, que estaba en el cornijal, ha dicho: "¡Apreta, hijo, apreta!" Y como pensé que icía que apretara yo pa que no me se cayera lo que trayó, pos he apretao y esto ha queao.

—Pos el juego sa rematao.

EL JUEGO DEL "CEAZO,"

Con este nombre se conoce otro juego no menos divertido.

Despues de tomar asiento las parejas de baile, á la voz del gracioso, que sale diciendo:

Ca cochino á su camino
ca alimal á su bancal,

aparecen en la escena la tía Pepa Antonia, vieja *rabisca*, y su marido Juana-

zo, hombre apacible de caracter, y opuesto, por tanto, al de su cara mitad.

La tía Pepa Antonia, sale con un capazo y una corvilla en las manos y encarga á Juanazo que "no descudie el gobierno é la casa; que ella va á segar una miaja é yerba pa los alimales."

Desde la puerta le encarga además que no tenga que prestar á nadie tres cosas: "el ceazo, la burra y la caldera,".

Apenas ha salido de la barraca la vieja gruñona, aparece en ella el "compáere," que vive de allí unos pasos, pidiendo á Juanazo que le preste el "ceazo," porque la "comáere," vá á cerner harina para el amasijo.

Juanazo se rasca el cogote y dice que no puede ser, porque la tía Pepa Antonia le ha dicho que no lo preste.

El "compaere," le increpa y por último le dice que como no se plante y se mantenga tieso, su mujer le pegará como á un zagal. Por fin se lleva el "ceazo,".

La tía Pepa Antonia, entra en la barraca con el capazo de yerba y pregunta por el "ceazo,".

Juanazo no acierta á contestar; su mujer conoce que el marido ha faltado á la advertencia y comienza á dirigirle palabrotas, y el marido se planta y se pone tieso, segun el consejo del "compáere,".

Pero que si quieres! Pepa Antonia se enfurruncha, acaba por pegarle, y se sale.

Entra de nuevo el "compáere," con el

ceazo y lleva la nueva comisión de que Juanazo le preste la caldera.

Juanazo dice:—¡Compáere de mi arma! No pué ser. Pepa Antonia ha sabío lo del ceazo y me ha dao tres metíos en la barriga.

—Pero, hombre, ¿no le he dicho á osté que se plante?—dice el compáere.

—¡Pos una miaja que me he plantao!

—Osté lo que tié que hacer es enseñalle los dientes. Y deme osté la caldera, que voy á la cieca y aboa ensiguía la trayo. ¡Puñalá con la comáere!

Juanazo entrega la caldera y el otro abandona la escena.

Otra vez Pepa Antonia.

Dá una vuelta por la barraca y pregunta por la caldera.

Juanazo cuenta lo que ha pasao ras-cándose la cabeza ó mesándose el cabello; hasta que se reproduce la escena anterior, con la diferencia de que en esta, Juanazo abre exageradamente la boca y enseña los dientes á su mujer.

Esta se sulfura más, le dá varios empujones y sale echando venablos.

Entra el compáere y dice:

—Aquí trayo la cardera y abora man dao otra encomienda.

—¿Otra? ¿Acuala?

—Pos la burra.

—¡Maere mía, la burra!

Entonces el tío Juanazo refiere lo que acaba de ocurrirle con la tía Pepa Antonia.

—Pero ¿osté la enseñao los dientes?

—Compañere... ¡si me duelen las varillas de enseñárselos!

—Si no es eso. Si á la comañere lo que le farta es freno, mucho freno. No sea osté piazo de asno, aunque es malo señalar. ¡Puñalá, si juera yo!

—Pos, mioste, no lo orviaré. Vaya osté al corral y llévase osté la burra.

—Nueva escena Sale el compañere y entra la vieja.

—Juan, saca la burra que voy á Murcia á mercar zafrán y una vaniquia de hilo.

—La burra la tié el compañere.

La vieja se enrabieta nuevamente; vá á atizar á Juan, pero este coje una vara de fresno y comienza á sacudirle diciendo:

—¡Toma higos, Pepa, que se abusanan!

—¡Compañere de mi arma!—grita llorando la tía Pepa Antonia.

El compañere acude montao en una burra y exclama:

—¿Qué trinulto es este?

—(Juanazo). Pos como decía osté que freno, ahora le he dao con la *ahijá*.

—¡Compañere de mi arma!—sigue gritando la vieja.

—Mióste, comañere; no hay que dalle güertas al pandero. Lo que tenía que ser, ha sío.

—Eso digo yo. Que ar que mucho se amaga.....

Entonces el compañere, dice dirigiéndose á la reunion:

¡Caballeros! El probe de mi compañere

se ha mantenío tieso.... ¡y na! Le ha enseñao de segundas los dientes.. ¡y na! Pero cuando le ha arrimao una unturiquia é freno, sa queao mi comáere como la mantequilla. Es decir,

que el marío sa enfadao
y el juego sa rematao.

EL CRISTO DEL VELÓN

En uno de los angulos de la barraca, á uno y otro lado de la que podemos llamar puerta principal, se coloca la mesa de pino ó de morera, que suele ser única en la vivienda y que así sirve para sentarse á ella á comer, como para poner vasos y chirimbolos y á veces para subir á arreglar los gusanos en los zarzos más altos.

Sobre la mesa arde un velón.

Para este juego se utilizan las dos puertas de la barraca.

En la primera escena sale un matrimonio (1); el marido excesivamente celoso y la mujer demasiado casquivana.

—¡Szo, clavellina!—grita el marido (Juan) repetidas veces, mirando hacia fuera de la barraca, figurando tener la

(1) En este, como en otros juegos, los papeles de mujer suelen desempeñarlos los hombres, si no hay mujer que se preste á hacerlos.

carreta dispuesta. Luego dice á su mujer:

—Pepa, ya sabes que voy á la sierra pa llevar tierra láguena á Murcia. ¡Cuidao con que aquí entre naide! Que lla sabes que una vez vide burtiquios y me se jué el humo y por poco hago truco contigo y me queo fallo.

—Güeno, güeno. Nunca te farta argún carcabulario.

—¡Arrima, dorá! Vaya, quéate con Dios. (Se va).

Apenas sale Juan por la puerta preferente, entra por la zaguera un *manate*, dá un abrazo á Pepa, le dice chicoleos, y ella grita asustada:

—¡Que viene!

El intruso se refugia bajo la mesa y entra nuevamente Juan, escudriñando por todas partes, menos por el escondrijo; su mujer le pregunta qué ha olvidado y él contesta que “le ha pasao un llampo por la vista,, como si hubiera visto un hombre en la barraca.

Pepa se incomoda y le llama “anaboleño,, y otras lindezas.

Se dispone Juan nuevamente á marchar con la carreta, cuando otro *manate* entra dando saltos y piruetas, requiebra á Pepa, la abraza y corre á esconderse bajo la mesa tambien, al gritar la mujer:

—¡Que güerve!

Juan torna de nuevo á la barraca y dice que “juraría por el alma é su máere que habia visto vesibilos., Y vuelta á

registrar nuevamente la barraca, hasta que se decide á marchar.

Pero aún no ha dicho “¡arrima, Clave-llina!”, cuando entra un tercer *manate*, repite la operación de los anteriores y va á esconderse por indicación de Pepa, que teme la vuelta de Juan.

Ocurre entonces que no cabe bajo la mesa, y en situación tan crítica, resuelve subirse al mueble, donde queda de pié con el velón en la mano.

Los dos cobijados bajo la mesa y el que está en ella subido, amenizan con frases ingeniosas el diálogo que entabla Pepa viendo que su marido pára la carreta y vuelve hacia la barraca.

—¡Semos perdíos!—exclama ella. Y á esta voz, salen de su escondite los dos *manates*, súbense á la mesa y quedan de rodillas á uno y otro lado del que mantiene el velón.

En esto entra Juan de nuevo y Pepa le recibe diciendo á gritos.

—¡Juan de mi arma! Mira qué milagro. ¡El Señor me se ha paecío! Ven y ponte de ruillas.

—¡Cachucha! ¡Ave María Purísima!—exclama, como asombrado, Juan.

—¡Es el mismo! ¡El Señor!

—Pos, mira, sí que será, pero le paece á Facorrín el hijo é Flugencio el Cham-
ba.

—Pos ¿y los angeliquios?

—Los angeliquios les paecen á los zagales de Perete Alcazaba. Y, la verdá,

¡no me pensé yo nunca que habia angeliquios con zaragüelles!

Pepa cruza las manos y comienza á rezar y Juan exclama, poniéndose de rodillas.

—Verás como ahora salimos del atranque.

—¿Qué vas á hacer?

—A preguntalle, que ese no paece estãuta.

Y enseguida dice á grandes voces:

—¡Santo Cristo del Velón! ¿Mi mujer es... *bruja*?

—Y contesta el otro:

—¡Como tú... *melón*?

Bajan de la mesa los *manates* y el que hace de marido termina el juego diciendo:

El negocio está probao,
y el juego sa rematao.

*

Si los *manates* quieren que la fiesta se prolongue, van escogiendo los que más les agradan del extenso repertorio de juegos, entre los que figuran *El barbero*, *Las brujas*, *El molinero*, *El confesor*, *La posada*, *Las lavanderas*, *El soldado*, *El juez*, etc., y cuando ya es hora de descansar, empiezan á desalojar la vivienda *manates* y convidados, á excepción de la tía María Pepa y su hijo, que esperan á despedirse como Dios manda del tío Juan Ferisneas, de la tía Juana y de María, que está como la amapola de verse frente á la madre de su novio.

La tía María Pepa levántase por último y dice á los amos de la casa:

—Pos nosotros tamién nos vamos á escansar, que hay que madrugar por la mañana.

—¿Qué priesa tienen ostés?—dice la tía Juana.

—Priesa nenguna, pero ya deben ostés escansar del mareo de esta noche.

—Mire osté—dice ceremoniosamente el tío Juan;—estas cosas han pasao por nosotros.

—Sí, tío Juan, pero nosotros lo que queremos es estar tranquilos como el pae Quieto.

—Hija, si es mundo, ¡qué hemos de hacelle!

María, que todavía cuchichea con Paco, ante el aprieto de tener que despedir á la tía María Pepa, dice á su novio:

—Y ahora ¿qué le digo yo á tu máere?

—Pos ná, ¿qué tiés tú que icir?

—Sí, ¡aquí me voy á estar hecha un hacho!

En este momento, la tía María Pepa se dirige á María diciendo:

—Muchacha, á tí no te digo ná; ya sabes ande vivo; cuando quieras ir por allí, serás bien recibía.

—Ya lo sé;—dice la moza.

—Pos allí estamos, y si hoy semos esto, mañana pué ser que seamos otra cosa.

Estas palabras hacen bajar la cabeza á la púdica jóven, que no sabe qué contestar, y arrollando entre sus dedos una

punta del delantal mira á su novio y le dice en voz baja:

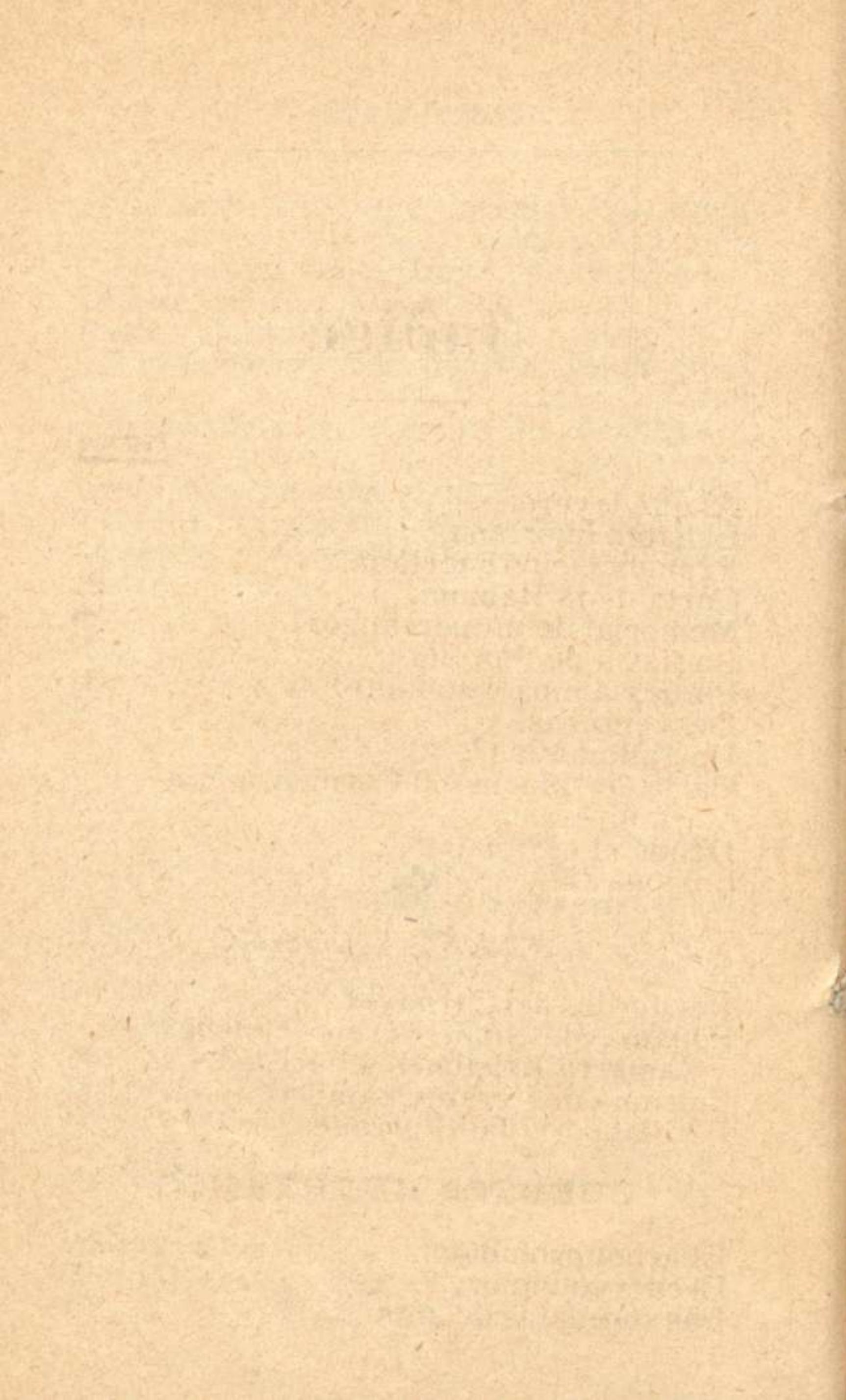
—¿Ves lo que ha pasao?

—Conque, que ostés desimulen;—dice la tía María Pepa abandonando con su hijo la barraca.

—Iguarmente, á escansar y pasar güena noche.

Echa el tío Juan la tranca á cada una de las puertas de la barraca, reza la familia algunos padre-nuestros, y diez minutos después, á dormir... y allí no pasó nada.





Índice

	<u>Páginas</u>
Al que leyere.	7
El habla huertana.. . . .	9
Pronunciación huertana.	17
Carta de la Habana.	21
Memorial de un perráneo.. . . .	25
La fiesta de San Blas.	29
Plática á moa é soflama.	33
Desventuras..	39
Un gallomatías..	45
Carta de "María del Carmen," á "La "Dolores,".	53
Dende el cornijal.	57
Soflama.	61

ANTAÑO Y OGAÑO

Recuerdos del Carnaval.	67
Soflama de Juan Perete Zanches Zamarra Aristones y Ferisneas.. . . .	70
Suframa de Perete Chamorro.	77
Perolata de Juan Porrones.	83

CUENTOS HUERTANOS

El árbol prohibido..	89
El cuervo viejo..	95
Las serenatas de antaño.	101

LOS JUEGOS

Explicación.	107
Preliminares	109
El médico.	112
El caballero particular.	115
El ceazo.	122
El Cristo del Velón.	126



